

---

# **EL CONEJO VIAJERO**

(Cuentos para niños)

**MARIA EASTMAN**

## MARIA EASTMAN

*Por Gerardo Molina*

Para entender el significado de un ejemplar humano como María Eastman, hay que situarse imaginariamente en el Medellín de los años 20, que fue cuando ella apareció en el doble frente de la educación y de las letras. La capital antioqueña era una ciudad en formación, muy jerarquizada, dividida entre familias altas en razón del dinero, y las condenadas a la resignación y a la obediencia. El dogma religioso encerraba la clave de lo que debía creerse y lo que debía transmitirse a las nuevas promociones. La inconformidad, muy débil como es de suponer, estaba confinada a las voces independientes de la colectividad política vencida en 1885, y a algunos sectores universitarios, como el que en abril de 1921, con Horacio Franco y Alberto Jaramillo Sánchez a la cabeza, impuso, contra una vigorosa resistencia, el cumplimiento de la Ordenanza que mandaba colocar el retrato de don Fidel Cano en el Paraninfo de la Universidad. Y desde luego, esa capacidad de protesta cobró aliento cuando empezó a constituirse la clase obrera, a consecuencia de los esbozos de industrialización.

La condición femenina correspondía a ese estado de cosas. La mujer no tenía acceso a la educación superior y mucho menos al trabajo en oficinas públicas o privadas. En el terreno político carecía del derecho al voto y con mayor razón no podía ser elegida. El único recurso que le quedaba a la que deseaba emanciparse de los oficios hogareños, era matricularse en la Normal para desempeñarse como maestra de escuela.

María Eastman, dueña de una viva curiosidad intelectual, había heredado de su ilustre padre, el doctor Tomás O. Eastman, la disciplina inglesa, el rigor y el interés por la cultura. Por eso leyó ansiosamente cuanto le fue posible: novela, historia, poesía. La palabra escrita era la única manera de enriquecerse mentalmente. Le ayudó mucho en este propósito la relación personal con algunas de las figuras que en la Montaña daban la ley en el orden de la creación literaria. Mediante su puesto de educadora en la Escuela Juan del Corral, ella se familiarizó con los problemas de las niñas, entonces no había coeducación, de escasos recursos. Además, María acostumbraba definirse como "una mujer educada en la pobreza y en la lucha", lo cual la predisponía al esfuerzo duro y sostenido, a la austeridad y a la abnegación. Todo esto contribuyó a que despertara en ella

lo que se llamó después la sensibilidad social y una marcada inclinación a la protesta.

Otra mujer, todavía más rebelde, nacida un poco antes, pero que irrumpió también en esa época, María Cano, abrazó resueltamente la casa del pueblo, un pueblo que empezaba a descubrir las virtudes del combate y de expedientes como los pliegos de peticiones, los sindicatos y la huelga. María Cano, repito, encontró su camino y por medio de una tarea denodada que la absorbió hasta el final de la existencia, inscribió su nombre entre los que en ese amanecer les dieron a los trabajadores conciencia de clase y confianza en ellos mismos.

María Eastman, más recatada, sin el temperamento de los combatientes de plazuela y del mitin, coadyuvó en ese empeño a través de la enseñanza y de la literatura. A las alumnas les inculcó el sentido de la dignidad y la idea de que debían esforzarse por que llegaran tiempos en que pudieran ejercer todos los derechos. La lección cobró fuerza, y por eso el mayor anhelo de las niñas era ser discípulas de "la Señorita María". Cuando en 1930 se efectuó el cambio político en el país y pudo llegar a la Gobernación de Antioquia el capitán Julián Uribe Gaviria, ella fue designada, con el beneplácito general, Inspectora de las Escuelas Públicas de Medellín, máxima distinción que podía discernirse a una mujer.

En el campo literario se abrió paso pronto con sus producciones en la prensa antioqueña, muchas de ellas firmadas con el pseudónimo de Arturo Aldebarán. Después de los inevitables tanteos, halló el género que habría de reportarle el renombre: los cuentos para niños. Para ello tenía una viva imaginación, la gracia, el estilo apropiado, el conocimiento de la psicología infantil y un gran poder de síntesis. Este género tiene hoy en Colombia cultivadores de primer orden, pero creo no equivocarme al decir que fue María Eastman la precursora entre nosotros.

En los cuentos que hoy se publican nuevamente palpita la sensibilidad social de que hablé atrás. En el titulado "Injusticia" se ven las atribulaciones y carencias de una familia campesina. José Miguel, el protagonista, un muchacho de catorce años, sufre los desmanes del capataz de la hacienda del patrón, que le arrebató la leña que llevaba a la choza. En otra narración, la protesta se encarna en los mismos animales, y así unos caballos, víctimas de la crueldad de los dueños, se escapan de la finca para realizar este sueño: ser libres! A veces son los objetos inanimados los que sirven para sostener una tesis. En "El Muñeco Feo" hay una especie de lucha de clases entre los muñecos lujosos y el fabricado con pasta barata; a la postre éste resulta ser el poseedor de sentimientos nobles.

La presente edición es la tercera de El Conejo Viajero. La primera, de lujo, dirigida por el escritor Jaime Ibáñez, tempranamente desaparecido, fue publicada por la Universidad Nacional en 1948, como homenaje a la autora, con motivo de su muerte, ocurrida el 20 de septiembre de 1947. La segunda, salió a la luz en 1966, gracias a la Gobernación de Antioquia, que tuvo la excelente idea de lanzar una edición popular con destino a los niños de las escuelas. La de hoy, en la que no se ha ahorrado ningún detalle para hacerla bella y elegante, con ilustraciones muy atractivas, se le debe igualmente a la Gobernación de Antioquia, por intermedio de la Secretaría de Educación y Cultura. Don Miguel Escobar Calle, acucioso Jefe de Comunicaciones, trabajó con entusiasmo y afecto, en la compañía de artistas de muy buen gusto, a fin de que el texto apareciera con las calidades que apreciará el lector. Como guardián de la memoria de María Eastman, quien me acompañó durante trece años, expreso mi gratitud a las autoridades departamentales y a sus eficaces colaboradores.

Bogotá, Febrero 1990

---

## EL RATON ERUDITO

Ratón nació en una escuela. Desde su cueva, debajo del salón de clase oía las enseñanzas y había aprendido al par que los alumnos, la urbanidad, la doctrina y la geografía. A la aritmética no le prestaba atención porque no le reportaba ningún beneficio. Su problema consistía en conseguir migajas de queso, pedacitos de carne y un poco de agua. Como no tenía que comprarlos, la moneda no representaba para él valor alguno. Era, pues, un ratón por demás erudito que había pasado muchas horas meditando sobre la geografía. -¿Cómo sería un río?-. Algo como el chorro que arrojaba la manguera. -¿Y un mar?-. Como la alberca del patio o un poco más grande.

En cuanto a las montañas... eso sí era más intrincado de entender. No alcanzaba a imaginar eso tan inmenso que cubría parte de la tierra.

-Lo mejor será hacer un viaje, para ver por mis propios ojos todo eso de que habla el maestro. -Pero: ¿a dónde voy yo, si por todos lados hay gatos, venenos y acechanzas? ¿Qué puede hacer un ratón ansioso de saber pero atenazado por el miedo? Piensa que te piensa se le pasaba el tiempo.

-No, ya no puedo esperar más porque a lo mejor me vuelvo viejo. Echemos el todo por el todo y si perezco en la demanda, no importa: de algo he de morir: peor es acabar mis días en un agujero. Tomó el morral y el bastón; se caló las gafas, porque él creía que los anteojos le daban importancia, y una mañana, mientras el gato roncaba, salió a saltos y se plantó en la calle.

¡Qué deslumbramiento! ¡Qué cosas tan maravillosas había a su vista: luces prendidas a los postes que el viento no apagaba; casas altísimas, gentes y animales. Por fortuna ni un solo gato a la vista. Con carreritas timidas iba avanzando. ¡Qué lejos quedaba la escuela! Ya no podría retroceder porque no recordaba el camino.

Llegó a un parque que a él se le antojó un bosque; creyó que el estanque del centro era un mar. Pero este mar, se dijo, no tiene barcos. En fin, ya encontraré otro y corrió adelante. Aquí un asno lo hace huir, más allá un perro le da un susto tremendo y por escapar casi lo atrapa una rueda. Pero qué vida más agitada la de la ciudad, piensa el viajero. La muerte está en todas partes y todo aquí es trampa. Al fin sale del pueblo y se encuentra en la carretera. Pues como por aquí veo la gente, yo sigo por ella, y a alguna parte voy a dar. Corre que corre, va nuestro ratón lejos, muy lejos. Ha llegado la noche y piensa en reposar.

Se acurruca en un vallado, coloca su alforja, se quita las gafas y se dispone a dormir. Oye voces... "que te digo que no... pero es una injusticia; yo también ayudé a robar..." ¡Ah! Con que ladrones, piensa el ratón asustado y aprieta su alforja. Y sigue el diálogo:- Pues me das maíz o le cuento al dueño del sembrado. Si me sigues molestando te meto la cola en los ojos. Sale escapada una ardilla que aprieta una mazorca. Tranquilo ya, empieza a dormir, cuando he aquí que a su derecha empieza otra disputa. Son dos borrachos que se hacen promesas de amistad eterna, se juran fidelidad sin fin y se reconocen mutuamente los méritos. El ratón está impaciente; esos hombres parecen locos y la conversación lleva trazas de no acabar. Se levanta y sigue un trecho en busca de un sitio mejor. Pero estaba escrito que no había de reposar; saltan lagartijas, croan las ranas, iluminan los cocuyos y, en fin, que nadie parece dormir en el camino. A la postre amanece y el ratón continúa el viaje.

-Pero, ¿qué es lo que hace tanto ruido y no se deja ver? Cada vez es mayor el estruendo hasta que al volver un recodo se queda parado en seco: Un río que se despeña; de esto si no habló el profesor. -¿Cómo se llamará esta maravilla?- dice en voz alta. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Oye que ríen a su espalda y se vuelve, azorado. Pues si es un pájaro verde.

-¡Buenas tardes, amigo ¿Cómo está usted?- dice el ratón muy urbano; pero el perico no se toma el trabajo de contestar y sigue riendo. Ya molesto el vanidoso ratón, le pregunta: -¿Qué cosa tan graciosa ha visto?- ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Aún hay quien no sepa lo que es una cascada. ¿Habrás visto campesino?

-¿Campesino yo? se equivoca, soy de la capital; pero como usted comprende por allá no hay cascadas como aquí no hay escuelas.

-¿Escuelas? Pregunta muy admirado el perico.

-¿Ve? También usted ignora algo.

-Dejemos la discusión, dice el pájaro, y cuénteme para dónde va.

-No llevo rumbo fijo; quiero conocer un poco porque la vida de la ciudad me está volviendo neurasténico.

-¿Neurasqué? Interroga el desconcertado perico.

El ratón se afirma las gafas, alza la cabeza e imitando al maestro, contesta; neurasténico quiere decir desilusionado, fatigado...

-Déjese de bromas, hermano; eso por aquí se llama falta de trabajo.

-Uy! Qué vulgaridad, exclama el ratón.

El perico que era parlanchín y curioso se ofreció a acompañar al viajero. Encantados siguieron y se ayudaron. El ratón le dio migas de pan y éste le correspondió con moras y uvas de monte. El perico hablaba mal de los campesinos y el ratón calumniaba a los chicos de la escuela. La murmuración los unió y

resolvieron seguir juntos indefinidamente.

Estuvieron en una mina de socavón que no fue del agrado del ratón porque se parecía mucho a su cueva; vieron vagones llenos de mineral que iban por cables al molino; ruedas grandes movidas por agua, pisones que machacaban piedra, hombres que cernían arena.

-Esto, dijo el perico con el ánimo de desquitarse de la erudición de su compañero, esto que sacan de aquí es oro. Del oro se hacen las monedas y con ellas se compra lo que uno desea.

-Este me quiere dar clase de aritmética, se dijo el otro, y yo no me dejo.

-Eso ya lo sabía yo, pero no me interesa.

-Entonces, ¿qué le interesa a usted?

-La sabiduría.

-Y eso, ¿para que sirve?

-Mejor es que no hablemos de cosas que usted no entiende.

Mohino y cabizbajo siguió el perico, sintiéndose poquita cosa al lado de aquel sabio que veía todo a través de los espejuelos de sus gafas.

Pasó una semana en medio de discusiones de los dos amigos, llevando siempre la peor parte el perico. Desconocía lo que era una cordillera, no había oído nombrar una estribación; entre carretera y sendero no veía la diferencia. Cada día amanecía más triste al reconocer su ignorancia. -Ese ratón es un as, pensaba apesadumbrado. Yo no conozco sino el monte, las yerbas y los matorrales. Apenas sí distingo los árboles y sé dónde se encuentran frutas maduras; con mucho esfuerzo logró evitar las trampas y encontrar un refugio contra los enemigos. ¡Soy un tonto y he perdido la mitad de mi vida! En cambio mi amigo conoce el nombre de cuanto vemos y sabe para qué sirve. Ha oído hablar de tierras lejanas, de mares, barcos y ferrocarriles. Habla muy bien y sabe comportarse en todos los momentos.

Infatuado el uno y humilde el otro, iban camino adelante gozando cada uno a su manera. El perico aprendía de su compañero y el otro desarrollaba sus facultades docentes reprimidas hasta entonces.

Cuando más enfrascados estaban en una conversación sobre geografía física, el enemigo Micifuz se presentó de improviso sobre la cerca de una hacienda. Depuso el ratón su aire doctoral, perdió la compostura, arrojó el bastón y se echó a temblar. El perico no volvía del asombro.

-Que su maestro tan sabio sintiera miedo de un infeliz gato- que no sabía lo que era geografía ni botánica! ¡Era el colmo del absurdo! Vuelve a mirar pero su compañero ha desaparecido. Vuela a un árbol y se pone a otear por el campo. Allá en una grieta del cerco y en la posición menos distinguida ve al ratón.

-¡Ola, amigo! ¿Qué le ocurre? ¿Por suerte le tiene miedo al gato? Antes de contestar saca la cabeza y al cerciorarse de que el enemigo ha abandonado la cerca, sale, vuelve a calarse las gafas y dice:

-¿Miedo yo? ¡No en mis días! El y yo tuvimos una discusión científica en un certamen público y como lo vencí, trato de no hacerme presente para que no se sienta humillado.

-Qué modesto es mi maestro, piensa el perico y se dispone a seguirlo con más fervor que nunca.

---

## EL CONEJO VIAJERO

Conejo pintado volvió de la ciudad y vió con tristeza el bosque donde fue tan feliz. Ya no encontraba encanto en las frescas cuevas en las que antes dormía confiado. Pasó junto al arroyo sin mirar siquiera y sin humedecer sus patitas. Iba cabizbajo. Ni el halago de ver de nuevo a su familia lo animaba. Era un conejito ciudadano. La vuelta al campo, en medio de conejos sin modales, corriendo siempre de un lado para otro, huyendo de los cazadores y buscando yerbas y frutas por el monte, le produjo nostalgia; iba paso a paso, de tal manera preocupado, que más parecía un hombre que un conejo.



¡Qué fría y oscura estaba la cueva! Al ruido que produjo al entrar, saltaron sus padres con el temor de un ataque nocturno y este susto quitó efusión al saludo; el sobresalto reinaba allí.

No puedo vivir aquí, pensaba, me ahogaría de fastidio; huiré lo más pronto posible. Inútil fue que su madre lo cuidara con frutas y hojas tiernas; inútil también que su padre lo llevara de paseo y le mostrara las viviendas de sus otros hijos, los sembrados en flor, la acequia del regadío. Conejito-Pintado no quería entender la belleza; sus ojos estaban ciegos a la dulzura de su bosque.

Una madrugada cuando todos dormían, tomó su bastón y se fue en busca de aventuras; le saltaba el corazón de gozo. Al llegar al arroyo, oyó que los helechos de la orilla hablaban de él.

-¡Cómo se volvió de orgulloso Conejito-Pintado! Antes se detenía a nuestro lado y con el hocico movía las ramas para saludarnos; brincaba de piedra en piedra y se zambullía en el charco para hacernos reír; ahora pasa serio como un personaje.

-Es que lo ha dañado la vida del pueblo, contestó el helecho fino que crecía al pie del puente; pero no es malo, sólo estaba ofuscado. El musgo se esponjaba suavemente al terciar en la conversación: él volverá cuando la ciudad lo desengañe; allá no encontrará una alfombra tan blanda como la mía para extenderse al sol. Y el agua agregó: Feliz él que puede volver; quisiera yo regresar también a la grata compañía del campo. Iré corriendo, unas veces apaciblemente, otras con violencia; me juntaré a aguas claras y aguas turbias; recorreré forzosamente mi camino y perderé mi personalidad al unirme con otros arroyos caudalosos. Si no fuera porque al cruzar la tierra ayudo a fertilizarla, me moriría de dolor. -Es verdad, es verdad, dijeron las plantas; tú haces bien al correr; pero el Conejito Pintado ¿a quién es útil? El paró las orejas.

-Es verdad, es verdad repitió ¿Qué obra iba a ejecutar y en beneficio de quién? Pero aún era egoísta y se sobrepuso a la reflexión, cruzó el puente y dejó atrás a sus amigos.

-¿Para dónde vas, Conejito? Le dijo una paloma torcaz.

-A buscar fortuna.

-¿Y qué mayor fortuna que este campo y esta mañana tan linda?

-Si será ambicioso, dijo la lora desde la copa de un yarumo.

Pi, pi, pirri, ti, cantó el toche: allá va un conejo trotamundos.

El bosque se volvió un concierto de burla. Se oían voces por todos los lados:

-Que traigas las botas de cien leguas, decía la mirla.

-Yo quiero la alfombra mágica, gritaba el perico-ligero.

-Yo, la lámpara de Aladino, susurraba la mariposa azul que dormía bajo una hoja.

-Trae una jaula de oro para la lora, chillaba el perico.

Conejito-Pintado tenía gachas las orejas y todo avergonzado continuó su camino. Empezaba a desconfiar de sí mismo, que es el principio del arrepentimiento; pero seguía adelante porque era testarudo. Si otro conejo no había ido a aventurar, él sería el primero: recorrería lindos países, vería mares, ciudades y bosques; se deslizaría en grandes barcos por ríos azules. Se haría soldado, ganaría batallas y regresaría a su pueblo luciendo uniforme brillante. Todos lo aclamarían y sus hermanos mirarían embobados el plumón de su casco y sus charreteras. Conejo-Pintado era un soñador.

Se sucedían los días y las noches, en los caminos y en las aldeas y Conejito no donde todos lo miraban como a un intruso porque no desempeñaba ningún papel en el conjunto. Cada cueva tenía sus habitantes, cada árbol los suyos y cada campo sus plantas; sólo el sitio para él existía y era una lucha encontrar alimento y abrigo.

Una noche entró en el establo de una hacienda; había un calor agradable; fue a tientas hasta un rincón, temeroso de pisar una de las vacas. Se veía seguro, cuando se abrió la puerta y apareció un hombre con un farol, seguido de un mastín. Conejito-pintado creyó llegado el fin de su vida y maldijo el momento en que había abandonado la casa y desoído la voz de sus amigos. Se fue ovillando y casi logró ocultarse detrás de un buey, pero el perro lo descubrió y se abalanzó sobre él. El mozo lo salvó levantándolo por las orejas

cuando el mastín le hincaba el diente.

-Qué lindo conejo. Lo llevaré a mi amo y mañana será un buen plato en el almuerzo. Mientras el muchacho cerraba la puerta, Conejito-Pintado hizo un esfuerzo y logró zafarse; corrió entonces como nunca había corrido; era un torbellino por el campo y no paró hasta llegar a la entrada del monte.

Parecía como si estuvieran esperándolo, porque apenas lo divisó la lora empezó a gritar:

-¿Trajiste las botas para la mirla, la alfombra mágica y la lámpara de Aladino para la mariposa azul?

-¡Pero si no trae nada, hermana! Chilló el perico; sólo barro en las patas y polvo en la piel. Seguro que se encontró con un perro cazador que lo convenció de que debía regresar.

-Bien merecido me tengo todo esto, pensaba el Conejo, arrepentido ya y sin confianza en sí mismo.

Llegó al puente y temió las burlas; pero eran gentes de su comarca y no se rieron. Se sentó a la orilla del arroyo, humedeció las patas en el agua fresca, se extendió sobre el musgo y metió el hocico entre los helechos. Ya no sentía cansancio y había desaparecido el temor: estaba entre los suyos.

Se dio una zambullida en el charco y se fue camino de la cueva.

---

## FOSFORO VANIDOSO

Fósforo se estremeció de frío y trató de levantarse para entrar en calor, pero no pudo lograrlo porque estaba aprisionado entre dos piedras; disgustado empezó a mover la cabeza a uno y otro lado en señal de protesta. Pensó entonces que si la lluvia seguía cayendo se le iba a deslucir su cabecita y el mundo perdería un tesoro. Fosforito era vanidoso y creía que le estaba encomendada una bella misión: era el encargado de dar fuego y calor seguramente-pensaba él- los hombres me necesitan; además, poseo un lindo cuerpo

delgado y una cabeza bien formada; con los otros fósforos formo un agradable conjunto y voy siempre paseando en el bolsillo de un caballero, bien resguardado del frío y de la lluvia, sin tropezar con piedras ni basuras. Pensar que el atolondrado de mi amo me ha dejado caer al sacar otro fósforo y no ha parado mientes en que me he quedado tirado en mitad de la calle, entre dos piedras indiferentes que no entienden mi importancia ¡Qué tontas son las piedras! Dijo Fosforito en voz alta-. Le pareció entonces que lo estrechaban aún más y empezó a asfixiarse. ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Me asesinan! Gritaba con su débil voz, pero las gentes seguían presurosas o se refugiaban en las aceras por miedo a la humedad.

Un hilito de agua que corría cerca, le dijo: Fosforito, acompáñame y vamos adelante; nos uniremos al río, recorreremos la ciudad, después los campos sembrados; conoceremos arenitas de oro y árboles que descuelgan sus ramas sobre las aguas; oíríamos turpiales y mirlas; ayudaremos a los peces que van por la corriente y jugaremos con las piedras. Fosforito estaba encantado con la invitación, pero al oír nombrar las piedras recordó que estaba preso entre ellas y que nunca podría jugar con gentes tan duras; además, el viaje con el arroyito le desluciría su traje blanco y podría hasta quebrarse en tanto ir y venir por la corriente. Así es que, despreciando la tentadora invitación, dejó que el agua se alejara.

Brilló un tibio sol y cesó la lluvia. Empezó a sentir un agradable calor que le produjo gran contento. Como no hay nada que dé más optimismo que el bienestar, la vida le pareció más amable; las piedras, al fin y al cabo, no eran tan malas porque lo habían retenido, librándolo de seguir dando tumbos entre el agua. Ya se secaría el suelo y él volvería a alguna cajita donde iba a dormir y a descansar de las calamidades que estaba pasando. El sol arreciaba y de su cabecita empezó a salir un humo tenue; Ya era demasiado calor; no, no quería tanto sol. Le iba a dar dolor de cabeza; se estaba mareando y el sueño lo invadía: -¡Socorro! ¡Auxilio! Volvió a gritar: -¡El sol me va a encender! ¡Me quemo! ¡Es una muerte miserable! ¡A mí no me hicieron para esto!

En sus movimientos desesperados logró meterse un poco más debajo de la piedra y sintió una gran frescura. -¡No!; las piedras no son malas, sino que por el contrario son muy útiles. Entonces se prometió ser amigo de ellas a la primera ocasión.

De repente se oyó un gran ruido y Fosforito vio cómo las piedras temblaban y se movían cual si se acercara un terremoto. ¡Qué susto! Por fortuna la que a él le servía de abrigo estaba bien firme y se sentía a salvo de todo riesgo. Pero sus desgracias no habían terminado. El ruido se sentía cada vez más próximo y de

improvisamente, ésta también dio una voltereta y fue lanzada hacia delante por los cascos de un caballo de tiro. Fosforito quedó al descubierto, muerto de miedo y en el mayor desamparo. El carretero lo vio, lo recogió y lo puso en su bolsillo.

Ahora sí estaba orgulloso Fosforito; en una habitación oscura pero mullida y tibia, dormiría despreocupado y al otro día, a conocer mundo.

Miró con desprecio a las infelices piedras que quedaban en el camino, al arroyito que seguía corriendo por la cuneta, a la tierra que estaba evaporando y al mismo sol de quien antes tuvo miedo. Se sintió superior a todo el mundo. Ya no necesitaba ayuda de nadie para vivir; él estaba hecho de materias muy nobles: pabilo, estearina y fósforo; cosas que se venden en grandes almacenes y que mantienen relaciones estrechas con el cáñamo, la esperma y el azufre. Era de una familia aristocrática y no podía ser amigo de piedras, lodo y agua, tan plebeyos como eran.

El carretero llegó a su casa y puso la cerilla sobre una mesa mientras preparaba la leña de su fogón. - ¡Qué bien me trata, seguía pensando Fosforito! Me pone en un balcón, siempre alto como corresponde a mi alcurnia. El carretero lo tomó luego y lo colocó encima de la estufa. -Ahora me pone en una deliciosa cama; se ve que reconoce mi importancia.

De repente se sintió tomado por los dedos ásperos del carretero y vio cómo lo iba aproximando al muro; pero era tan vanidoso que siguió creyendo que iba a comparar la blancura de su cuerpo con la del muro.

Sintió un gran dolor y que su cabeza ardía, ardía.

Apenas alcanzó a gritar como gritaba siempre ante el peligro:

-¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Me asesinan! Y se apagó.

---

## EL TESORO

Juanito oyó que lo llamaban y de un salto se puso en mitad del cuarto; él sabía quién lo llamaba y para qué, sin que hubiera tenido que decírselo. Se acercó a la cama de Bertica y la tocó: -¡Levántate, ya es hora! La niña abrió los ojos y lo miró vagamente; Juanito la sacudió: ¡Vamos! Salieron precedidos por la sombra del mago Barú; pasaron a lo largo del corredor, cruzaron el patio y se internaron por el prado sin necesidad de abrir las puertas. Vieron que la luna brillaba mucho y que el cielo estaba estrellado. A Juanito le habían dicho en la escuela que los colores no se veían en la oscuridad, pero él podía percibir claramente el pantalón rojo del Mago, la chaqueta azul, el gorro amarillo y el gran manto blanco que flotaba en sus hombros. Se admiraba el niño de no sentir miedo, tan temeroso como había sido siempre; ahora iba tranquilo siguiendo a su amigo y llevando a Bertica de la mano. Habían salido de la casa y marchaban por un campo extenso. Cruzaron un arroyo que él no había visto antes; pasaron un puente que se balanceaba. Caminaron y caminaron sin decir palabra, pero iban contentos y confiados en compañía de Barú. Llegaron al pie de un cerro que estaba iluminado en la cumbre por una luz que surgía de la tierra y que le daba la apariencia de un globo incandescente.

-El cerro es de cristal, pensó Juanito y dentro tiene una lámpara que lo hace resplandecer. ¡Pero, que lejos estaba la cima de aquel monte! ¡Y hasta allí tenían que subir! Empezaron a ascender por escalones de piedra y él fue contándolos; cuando llegó a ciento miró hacia arriba y le pareció que la luz del cerro estaba cada vez más alta. Resolvió llevar en brazos a su hermanita porque era muy pequeña; pero la niña pesaba mucho y el camino era cada vez más pendiente.

-Espérame un momento, Barú, dijo el niño;- quiero descansar un poco.

-No puedo esperar, contestó. Juanito volvió a llevar de la mano a su hermana; había subido ya trescientos escalones y el camino parecía no tener fin. El niño jadeaba y sentía temblar las piernas; dentro de muy poco tiempo no podría seguir ya al Mago.

-No puede esperar: faltan dos horas para amanecer y tengo que estar en el palacio de mi reina cuando suenen las cinco.

¡Adelante! Juanito hizo un nuevo esfuerzo para alcanzarlo; la niña empezó a llorar y no tuvo otro camino

que ponerla sobre sus espaldas; sudaba a torrentes y las piernas se le doblaban.

De repente se acabaron los peldaños y se encontraron en un campo iluminado. Juanito se acostó en la yerba aprovechando que Barú estaba examinando un plano. Volvió a sonar la voz del Mago:

-¡Levántate y sigue! aún no hemos llegado. El niño se puso a sollozar bajito porque estaba terriblemente cansado. Barú tomó a Bertica en brazos y reanudó la marcha; Juanito seguía casi arrastrándose, Barú volvió a detenerse; consultó el plano y sacó una barra que llevaba oculta bajo su manto.

-Ven a cavar, y le puso la barra en las manos; la levantó y ¡cosa extraña! No pesaba más que una pluma; la tierra se iba amontonando a su alrededor y era brillante y sonaba como si fuera de cristal.

De improviso, Juanito vio aparecer una argolla de hierro que estaba adherida en una plancha; haló de ella y al levantarse quedó al descubierto un tesoro: diamantes, rubíes, monedas de oro, panes, dulces, cornetas... ¡Qué cosa más rara! Panes y dulces enterrados y cornetas de latón revueltas con perlas y diamantes. Sacaba todo y lo iba poniendo sobre la yerba, pero el cofre nunca se vaciaba. Aparecieron después vestidos, zapatos, medias y cintas. ¡Como quien dice el ajuar de Bertica! Salieron luego, el gato, el perro, las palomas, unos peces en su acuario, el caballo de papá y todavía el arca estaba llena. Juanito quería llevarse lo que había sacado y dejar el resto en el cofre, pero Barú lo forzó a que siguiera. Metió de nuevo la mano y salió la pizarra; enseguida el lápiz; el niño no quería introducir de nuevo la mano porque temía que salieran los cuadernos y la cartilla; pero como por arte de magia, ellos vinieron a ponerse a su lado sin esperar. Juanito cerró los ojos: ya, ya mismo iba a salir la maestra y lo regañaría por no haber ido a la escuela el día anterior. Quiso tapar el cofre pero no pudo ya con la plancha; quiso entonces separarse de allí pero Barú no lo dejó.

-¡Sigue, sigue! Es preciso terminar pronto porque ya amanece. El niño se armó de valor y metió la mano pero teniendo cuidado de cerrar los ojos y empezó a escoger al tacto.

Vinieron uvas, naranjas, mangos, y aquel famoso arcón seguía repleto.

-No quiero más cosas, decía entre llantos. Salió la cocinera, el muchacho de los mandados, las ollas y después empezó el desfile de los utensilios de la despensa. De pronto, la mano se le quedó prendida de una

cosa pesada y fría; metió la otra mano para ayudarse, pero ambas se le quedaron sujetas. No tuvo más remedio que saltar él dentro del cofre y un frío aterrador lo invadió. ¡Si señor! Estaba dentro de una refrigeradora y él se iba a volver un helado de carne.

-¡Me muero de frío! ¡Socórreme Barú! Nadie le respondió.

-¡Bertica, sálvame! Volvió a gritar desesperado, pero la niña tampoco contestó. Es uno de sus movimientos pasó la mano sobre la nevera y el reloj que había encima empezó a sonar: tri-tri-lin-tri-lin-rin, rin...

Juanito despertó aterido. Durante el sueño había arrojado las mantas y por la ventana entraba una aire fresco.

---

## EL MUÑEQUERO AMOTINADO

Clarita, la muñeca de porcelana, iba vestida siempre de seda; doña Mercedes, su madre, era de pasta, grande y seria como corresponde a una señora de edad. "Candela", la cocinera, era de trapo negro; don Juan, el jefe de la familia, era un muñeco gordo y pesado, amante de la buena vida y de la holganza. Al muñeco de aserrín le tocó ser el criado. Vivían en tan grata compañía "Chillón" el pito, "Redondita", la pelota, el Payaso, a quien apellidaban "Blanquete" y su mujer, conocida con el remoquete de "Maromera" por su afición a los saltos. Eran huéspedes de aquel feliz hogar, el Tambor, la Campanilla, la Dulzaina y la Corneta.

Durante el día dormían apaciblemente, pero en cuanto los de la casa se acostaban, se ponían ellos en movimiento. El día para el muñequero empezaba cuando las gentes iban a dormir.

Inesita, la dueña, ignoraba eso, y como sus juguetes eran de porcelana, celuloide, latón o madera, jamás se preocupó por darles alimentos. Acabó la niña de acostar las muñecas y salió olvidando apagar la lámpara. Inmediatamente cerró la puerta, empezaron a moverse las figuras. Clarita levantó sus manos de porcelana, apartó los rizos que tenía sobre la frente y al ver dormida a su mamá la llamó: -Mamita; es hora



de levantarse. Se sentó asustada doña Mercedes y empezó a regañar a la negra "Candela" porque la había dejado dormir hasta tan tarde. "Candela" se levantó del suelo, porque como era la cocinera no tenía cama; estaba rendida por el sueño, porque era la primera en levantarse y la última que se recogía. Lo mismo, absolutamente lo mismo, que en las casas de las gentes.

-Mi desayuno pronto, dijo Clarita, porque voy a salir de compras.

-Y el mío también porque me voy para misa, dijo la mamá.

-No hay desayuno, contestó "Candela": nuestra ama jamás da para comida.

Entonces no voy a la escuela, gritó Pipín desde la cama, que siempre estaba buscando pretextos para faltar al colegio. Callaron todos bajo el peso de aquella verdad dicha por Candela, a pesar de que todas las noches había sucedido lo mismo y seguirá sucediendo. El Payaso se levantó de un salto para hacer sonar el cascabel de su gorro y su mujer lo imitó caminando por la baranda de la cama, como correspondía a una maromera. Se plantaron ambos en la mitad del cuarto e hicieron una reverencia a los demás. Pero éstos tenían hambre y no estaban para celebrar piruetas, que por lo demás se repetían a diario.

"Redondita" salió rodando hasta la caja de "Chillón" y le hizo cosquillas; dio éste un sonido tan desacompañado que tuvieron que taparse los oídos.

Aquella noche todos estaban de pésimo humor. Clara lloraba, su mamá se paseaba por el cuarto y "Candela" ardía de furia:

-Ni que yo fuera una cocinera de verdad y en persona, para que me dejen sin comer. Me voy de esta casa hoy mismo; así, señora, que vaya buscando sirvienta.

Se oyó entonces la voz de don Juan, el padre, que gritaba desde el cuarto siguiente:

-¡"Candela"! ¡tráeme el tinto y el periódico! Para el desayuno me preparas magras de jamón, café, tostadas, mermelada y mantequilla.

-Ya voy, señor, contestaba la cocinera, y reía paso.

-Pero, ¿qué hubo?, volvió a gritar don Juan.

Entonces se plantó en la puerta, se puso las manos en la cintura y con la voz más fuerte que pudo sacar de su pecho, dijo: No hay des-a-yu-no!

-¿Qué? Preguntó a gritos el papá, y apareció en pantuflas y pijama.

-Sí, señor, no hay desayuno, como usted lo está oyendo. Vaya a trabajar si quiere comer.

-¿Trabajar yo? ¡Ni peligro! Ahora ni los hombres trabajan. Será mejor que Clarita busque empleo.

-Pero, si es que el ama tiene obligación de mantenernos, intervino el tambor. Si nosotros le servimos de diversión, justo es que nos pague en comida. ¡Pero qué pensar en comida cuando ni siquiera me lava los parches que el bolillo me ha hecho en las espaldas! ¡Si me untara un poco de grasa!

-¿Grasa has dicho?, interrumpió el pito; estoy que me muero de deseo de aceite porque siento que me oxido.

-Yo quiero que me limpien con creta, tintineó la campanilla; estoy que no me conozco. Pensar que cuando estaba colgada en el almacén parecía de oro. ¡Ay! cómo desmerece una en ciertas casas!

Todos estaban descontentos y pasaron la noche murmurando e ideando un medio para solucionar su problema. Uno propuso, y debió ser el muñeco del brazo quemado, que incendiaran la casa. Pero las muñecas tenían un miedo tremendo al fuego.

-Entonces vamos a la despensa, sugirió el Payaso: yo entro por la ventana y nos hartamos de dulces. Pepín saltó de gozo: se sentía ya en medio de tarros de confitura y de cestas de frutas. Pero doña Mercedes, que era muy honesta, se horrorizó ante el robo. Cualquier cosa, menos la violencia; yo soy gente de orden y no tolero que mi familia descienda a ese punto.

Después de mucho deliberar, Candela propuso que se declararan en huelga. -esto no es vida, decía la negra subida en una caja; nuestra ama nos da lo que necesitamos, o no la divertimos más.

-¡Muy bien, muy bien! Gritaron las ollas que vivían en huelga perpetua. Don Juan, que tenía ribetes de abogado, propuso que se nombrara una comisión para que se entendiera con Inesita. El pito, la campana, la corneta y la dulzaina fueron elegidos porque los muñecos, a última hora, se hicieron a un lado.

Cuando el reloj dio las seis, nadie pensó en acostarse; estaban todos ansiosos de que llegara su dueña. Esta no se hizo esperar. Cuando abrió la puerta se quedó asombrada: las muñecas caminaban y hablaban como niñas; los muñecos gesticulaban como hombres, el pito se había colocado sobre la tapa de su caja, la campanilla movía su badajo de un lado a otro y así, todos y cada uno estaban ocupados en algo. Inesita creía que soñaba, pero no: aquello era real y ella entendía el lenguaje de los juguetes.

El pito, el tambor, la corneta y la dulzaina formaron un grupo que se dirigió hacia ella. El pito tosió dándose importancia; tosió la dulzaina para darse ánimos y la imitó la corneta. Ninguno sabía como empezar porque eran novicios; se agrupaban, volvían a separarse, se dirigían miradas de aliento y cada uno insinuaba a su compañero que hablara. Al fin la corneta con un violento esfuerzo empezó a hablar, con una voz delgada y gruesa alternativamente, pero de seguida, sin dar tiempo a que el miedo la invadiera, expuso las quejas e hizo las peticiones. Inesita estaba maravillada. Todo aquello que por medio de notas dijo la corneta ella lo entendió claramente.

Pero pudo en ella más la fuerza de la costumbre que la razón que asistía a los juguetes. Se sobrepuso a su estupor y se sintió ofendida por la insolencia de sus subordinados.

-¡No! ¡No!, ¡y mil veces no! gritaba furiosa.

-¿Cuándo y dónde se ha visto que una niña tenga que alimentar a sus muñecas? ¿Por qué razón me había de tocar a mi esa obligación? En el colmo de la ira daba de puntapiés a todo lo que encontraba. Redondita fue a parar debajo de una cama; el chillón buscó refugio detrás de un armario en compañía del criado. Clarita lloraba con la cabeza entre los cojines. La negra Candela se hizo la dormida. Inesita la despertó de una sacudida y le gritó:

-¡Dime tú! ¿qué mosca los ha picado? La otra se hizo que despertaba y con la inocencia de un niño contestó:

-Mi amita: Yo no sé lo que pasa; soy una pobre negra a quien nadie le pide parecer. Entiéndase con ellos que son blancos. Yo no quiero sino vivir en paz y servirle a su merced.

Salió al fin la niña dando un portazo y los pobres juguetes humillados sintieron aún más miedo. La muñeca recogió su brazo; la otra sus bucles, la silleta se acomodó su pata y así cada uno procuró reconstruirse y todos volvieron a sus puestos vencidos y descalabrados.

Cuando más tarde regresó la dueña y los miró quietos y ordenados, pensó que había sido víctima de un mal sueño.

---

## LA BOMBILLA

Era una bombilla del alumbrado público en la esquina de un barrio lejano. Habían pasado tantos días y tantas noches desde que fuera puesta allí, que ya conocía a todos los habitantes por sus nombres, por sus profesiones y aún por sus defectos, porque contra el poste donde estaba suspendida venían a charlar los vecinos. Tenía sus predilecciones y sus antipatías. Formaba juicio sobre las personas a primera vista y casi nunca se equivocaba en sus fallos. Por ejemplo: el carpintero no le gustaba; cuando pasaba por las noches dejaba detrás de sí un fuerte olor a licor y su andar era vacilante. No había transcurrido mucho tiempo cuando veía venir en sentido contrario al hijo de ese hombre; traía una botella y lloraba. La bombilla era muy suspicaz y no había quien le quitara la idea de que el maestro carpintero era un borracho que golpeaba a su hijo y lo enviaba por licor. Seguramente no alimenta bien a su familia, pensaba la bombilla; porque todos los niños de esa casa son flacos y van mal vestidos. En cambio, los hijos del herrero eran muchachos alegres que pasaban a diario para la escuela, siempre limpios, acompañados por su madre, mujer muy dicharachera y diligente.

¡Ah! Allá viene el policía. Su amigo muy antiguo. Llega, se recuesta y empieza a escribir en su libreta. La Bombilla sabe de antemano lo que escribe: el parte para el oficial que ha de llegar dentro de poco. Pero qué ve: la que se acerca es una chica del servicio y el parte va a dar a la mano de la muchacha.

¡Gritos! ¡Alarma! El policía tiene que dejar el amable diálogo con la joven porque lo llaman de la tienda próxima. -Corre la gente-. Ya sabré lo que pasa, piensa la farola. Pasarán comentando lo sucedido porque estas gentes son incapaces de callarse nada. Como para corroborar su dicho, pasan dos mujeres hablando en voz alta: ¡Uy! ¿Pero no te parece un viejo muy sin pena, decía la una, emborracharse a su edad e ir a dar escándalo a la calle? Pobre Pastorcita, casada con semejante mequetrefe. Pero el otro le resultó respondón, contestaba la otra. Le dio sus buenos puñetazos, ¡Muy bueno por grosero! y se alejaron calle abajo. ¡Ah! ¿con que era don Ramón el de la trifulca? ya me lo imaginaba, seguía diciendo la Bombilla; aquí junto a mí se detiene todas las noches y hay que verlo luchar, borracho como va, para encender un cigarrillo; se le caen los fósforos, se le quiebra el cigarrillo y suelta sapos y culebras por esa boca. ¡Ojalá lo lleven a la cárcel! La Bombilla se iba volviendo mal intencionada a fuerza de oír gentes vulgares y mal humoradas a todas horas; había tomado el alma del barrio y se había identificado con cada uno de sus habitantes. Llegaba la noche y la Bombilla estaba alegre porque ya pronto la encenderían, pero amargaba su dicha pensar que mariposas, zancudos y moscos vendrían a revolotear en tono suyo, manchando su transparencia y mareándola con el zumbido. El barrio cambiaba su fisonomía una nueva vida se iniciaba con la noche. Los jóvenes que cortejaban a las muchachas del barrio venían a hacerse debajo de su luz; adivinaba las chicas detrás de las ventanas; veía moverse figuras en el interior de los cuartos y que a lo lejos parecían películas mudas. Por los gestos deducía si la escena era apacible o violenta En el piso de enfrente se enciende una luz, se alza la cortina y aparece una joven. Como si su presencia fuera un conjuro aparece en la esquina un mozo y entablan un diálogo a medias palabras. Siente complacencia de ver que ayuda a los amantes. Pero corren las horas, las gentes se recogen y la calle queda sola. La Bombilla se entristece. Tiene por delante una larga noche nublada. Si pudiera dormir, protegerse contra el frío, pero no; su destino es dar luz haya o no quien necesite de ella..

Estará allí hasta que se funda y luego a la basura! Triste fin de un destino tan brillante.

---

## EL RETRATO TERRIBLE

Paco veía en la sala de su casa un retrato que siempre le daba miedo: era de un hombre con grandes bigotes, barba cortada en punta, cejas espesas y cara muy seria. Las veces en que su mamá lo dejaba entrar tenía buen cuidado de no mirarlo porque de seguro que soñaba con él. Paco conocía hasta los menores detalles, justamente porque no quería saber nada del temido retrato. Su mamá lo nombraba "mi tío Ramón". Había sido un hombre valiente, según decía ella: desafiaba los peligros con impavidez; en cierta ocasión, siendo jefe Civil y Militar del pueblo, llevó a la cárcel, sin ayuda de la policía a tres hombres que peleaban armados de puñales. -Y si te siguiera contando acciones de mi "tío", sería cosa de nunca acabar, decía la mamá a sus amigas.

Paquito tenía razón al temer a aquel señor; un hombre tan enérgico debía ser una desgracia en la familia; por fortuna él no lo veía nunca, porque había muerto en un viaje. Cuando se hubo marchado la visita, el niño se puso a preguntar detalles sobre el "tío" y sobre la muerte que corrió y llegó a la conclusión de que no tenía seguridad de ella sino por noticias vagas. Se volvió una tortura la vida del niño: su imaginación le hacía ver que el "tío" iba a llegar vestido de general, dando portazos y gritando a todo el mundo. Sí, seguramente el "tío" no había muerto; estaría prisionero o enfermo y el día menos pensado se presentaría. ¡Dios mío, bendito, que mi "tío" no aparezca! Su madre alarmada le dijo: -El murió hace ocho años. Ojalá que viviera, que otra fuera la suerte nuestra. ¡Ah! Mi mamá para injusta! Desear la vuelta del "verdugo". Porque ya Paquito lo llamaba así. Debía ser cruel y despiadado con los niños y con los pobres. Daría puntapiés a todos los del servicio y transformaría la casa en un cuartel. ¡Qué noches aquellas! ¡Qué sustos cuando golpeaban a la puerta! ¡con qué desconfianza miraba a los forasteros; cómo le latía el corazón cuando llegaba el cartero! Todo lo relacionaba con la vuelta del "Verdugo". Toda esa amargura la saboreaba a solas porque no se atrevía a preguntar a su mamá. Y además habían oído decir que "nombrando al ruin de Roma..." y él desechaba esa idea como un pecado. No, él no quería que volviera. Se hacía el desentendido cuando lo nombraban y evitaba mirar el retrato. Aquellos mostachos negros eran su pesadilla. ¡Una vela a la Virgen porque el "tío" esté muerto de verdad!

Había fiestas en la capital y los padres de Paquito lo llevaron. Qué deslumbramiento: los parques, los

almacenes, las estatuas y los automóviles lo dejaron extático. Los cines eran el paroxismo de la felicidad. Estaba radiante y ni de su "tío" se acordaba. Aquello sí era gozar todo el día: vueltas en carrusel, montadas en burritos, navegar en las barcas del lago, ir por las avenidas, extasiarse ante las vitrinas y ver juguetes y más juguetes. Veía gentes vestidas de maneras extrañas, que hablaban en idiomas que el no entendía, lindos niños en cochecitos que rodaban por los parques. Fue con su padre a ver los fuegos artificiales. Qué cosa tan maravillosa luces de todos los colores, de todas las formas, corrían alrededor de la plaza, subían para caer como lluvia, chisporroteaban, se retorcían. Volvió al hotel congestionado, y rendido. Su mamá conversaba con un anciano delgado, de cabello muy blanco, reidor y simpático.

-A que no adivinas quién es este señor, dijo la mamá al papá en cuanto lo vio

. -Pues... no acierto. -Fíjate más, hombre; no seas ingrato, dijo el anciano. ¡Pero si es mi tío Ramón!

Paquito se quedó atónito: "Mi tío Ramón", "mi tío Ramón" y no acertaba a pensar más.

-Acércate, muchacho, saluda a tu tío. ¿No vivías preguntando por él? -Aquí lo tienes de cuerpo presente.

Paco estaba desengañado. Su "tío" sin mostachos, sin gesto duro y sin espada.

"Su tío" era un pobre hombre. El verdadero, el aterrador y subyugante era el del retrato.

Se acercó valientemente y le apretó con fuerza la mano. "Tío Ramón" había perdido íntegro todo su prestigio.

---

## INJUSTICIA

José Miguel tiene que ir todos los días por leña al monte para venderla en el pueblo y así mitigar el hambre de sus ocho hermanos. Catorce años ya cumplidos y en todos ellos ni un solo día de descanso, ni

una alegría ni un recuerdo amable. -Ni siquiera crezco, piensa el muchacho. ¡Qué voy a crecer si la carga no me deja! Tener que vivir en ese rancho tan feo, sin camas, lejos del pueblo, no poder ir a la escuela, mismamente un burro.

El padre, víctima del patrón, desahogaba en la mujer la ira que almacenaba en el trabajo; los gritos del capataz los reproducía él en la casa con mayor furia. Era a modo de un hilo conductor a través del cual el amo maltrataba a los infelices del rancho. La madre, agobiada por el hambre, el trabajo y el mal humor del marido, daba escape a su despecho por las puntas lacerantes del látigo que esgrimía sobre las espaldas de sus hijos.

José Miguel, suspiraba, camino arriba, lleno de tristeza. Acaba llorando y se enjuga con la manga de la camisa.

-Coger para el monte en ayunas y con este frío; y este desgraciado pedrero que me tiene destrozado los pies.

Subió hasta llegar al potrero de don Ismael. Saltó el vallado y se dirigió al monte. Coge aquí, quiebra allá, corta con el machete hasta que hace una brazada y la ata con su lazo.

-¡Ay! Midosito lindo! ¡Ayúdame a bajar ligero a ver si me dan unos tragos de aguapanela porque ya me muero de fatiga!

De repente apareció Pedro el mayordomo. José Miguel se quedó medio muerto de miedo. -Con que robando leña ¿no? -Coge ese tercio inmediatamente y sígueme. El niño recobró el movimiento para echarse a cuestras el pesado bulto y fue andando detrás del hombre hasta llegar a la casa de la hacienda. En el patio lo hizo descargar y luego dijo: -¡Harta falta que nos estaba haciendo esa leñita! Y ahora, lárgate antes de que te dé una paliza por ladrón. Acompañó la expresión con un sonoro puntapié que arrojó contra las piedras aquel cuerpo de miseria.

José Miguel tiene que ir todos los días por leña para venderla en el pueblo y así mitigar el hambre.



---

## LOS CABALLOS QUE NO QUERIAN AMO

En una hacienda de caña había un caballo color melado, que a fuerza de trabajar y comer mal, mostraba las costillas y parecía que iba a desarmarse. Durante la semana cargaba caña y el domingo traía el mercado del pueblo. No conocía, pues, día de descanso. Por otra parte, las moscas no le dejaban punto de reposo, revoloteando alrededor de las mataduras que tenía en el lomo. ¿Comida? Apenas la poca yerba que encontraba en el potrero. Sintiéndose viejo y enfermo pensó que muy pronto lo matarían para aprovechar su piel. Había sido resignado, pero no hasta el punto de dejarse matar después de tanto sufrir. Resolvió huir de la hacienda en busca de mejores aires. Como lo pensó lo hizo. Al amanecer salió al camino y se dirigió al pueblo; no se le ocurrió irse al monte porque estaba seguro de que por allá irían a buscarlo, mientras que a ninguno se le ocurriría que estaba en la ciudad. Era malicioso el viejo caballo. Iba medroso porque creía encontrar enemigos en todas partes.

Al pasar por la hacienda vecina salió un perro conocido suyo. -Ahora, éste va a contar que me vio y estoy perdido, se dijo para sí. Resolvió hablarle con franqueza y contarle que se iba, aburrido de soportar a sus amos. El amigo le concedió la razón y le prometió guardar el secreto. Camino adelante, las moscas empezaron a atormentarlo volando alrededor de sus heridas que se habían irritado con el calor. -No puedo seguir con este sol tan fuerte, y se internó en el monte vecino; se echó sobre la hierba. ¡Qué gusto! ¡Cómo se sentía de libre! Se revolcó gozoso y dió fuertes relinchos. Cuando refrescó la tarde, siguió su camino y anduvo gran parte de la noche. Ya iba por campos desconocidos para él, que nunca había salido de los límites del pueblo. Se sintió trotamundos y se culpó de haber permanecido tanto tiempo en la finca; sólo ahora sabía lo que era vivir. ¿Qué pastos tan fértiles y tiernos! ¡Qué arroyos más frescos! Había casas a lado y lado del camino y se encontraba a cada paso con otras bestias que lo saludaban con un alegre ¡Adiós, camarada! Era todo tan agradable y tan fácil. Ya no le dolían las heridas y hasta las moscas escaseaban cerca de él. Avanzada la noche se entró por un potrero hasta cerca de una casa, cuando oyó que varios caballos conversaban en un pesebre y se acercó. Se quejaba uno del mal trato que le daba su amo haciéndolo trotar todo el día sin descanso. "Melado" entonces le propuso que se fueran juntos, y el otro ni corto ni perezoso, aceptó. Ya eran dos e iban felices relatándose sus quebrantos.

Servían hoy a un labriego, mañana transportaban leña, al otro día caminaban; así iban ganando el sustento y adelantaban camino. Hicieron valiosas relaciones y aprendieron cosas útiles. Primero se hicieron amigos de un caballo de carreras que los invitó a la pista para que lo vieran correr. Los dos caballos campesinos estaban deslumbrados; jamás habían visto tanta gente reunida, ni caballos tan enjaezados y que corrieran tan aprisa. Pero se alejaron desengañados al comprender la envidia y la rivalidad que existía entre esos caballos; las gentes los habían dañado prodigándoles elogios.

En un pueblo donde pernoctaron, trabaron amistad con una pareja de yeguas de tiro que arrastraban el coche de una anciana señora. Eran blancas, gordas, con crines cuidadas y muy presumidas ellas. Parados al borde del camino las vieron al día siguiente uncidas a su vara, erguidas y solemnes. No; tampoco aquella vida era envidiable por más que las mimaran. Siguieron adelante. En un recodo se pararon en seco: entre la cuneta había un pobre caballo que no podía valerse; los generosos amigos lo ayudaron a salir y él les dijo que su amo lo había abandonado por inútil. Si el amo cruel hubiera entendido el lenguaje de los caballos habría huido horrorizado al saber lo que de él decían. Siguieron marchando más despacio para que el enfermo pudiera seguirlos. Como ya eran tres, resolvieron ponerse un nombre, repartir el trabajo y ayudarse mutuamente. "Melado" escogió para su primer compañero el nombre de "Amigo" y el de "Infortunado" para el último llegado. Fue "Melado" el jefe natural porque era el más recorrido e inteligente. "Amigo" le ayudaría en todo y sería como su secretario. El "Infortunado" no tendría que hacer por el momento sino reponerse. Corrieron los días y los tres compañeros fueron por regiones montañosas de donde descendían grandes corrientes de agua; pasaron ante socavones por cuyos agujeros salían hombres tiznados; vieron las dragas en las minas de aluvión: se pararon muchas veces mientras pasaba el ferrocarril y siempre se les volvía cosa de maravilla que aquél corriera tanto sin necesidad de caballos; caminaron por la orilla de un gran río y vieron deslizarse por él barcos inmensos; fueron luego por entre maizales verdes, por sembrados de caña, por platanales extensos; pasaron más tarde por pastales altísimos, llenos de novillos. Estaban embriagados de dicha, cada vez querían conocer más. Oyeron nombres de ríos, de ciudades y de regiones. "Melado" amaba las montañas porque en ellas había nacido y trepaba ágilmente pero sus dos compañeros se decidían por los valles; sus años y sus enfermedades no les permitían subir con la misma agilidad.

Asistieron, escondidos en el monte, a una cacería de venado y llegaron a interesarse tanto que casi se delatan con sus relinchos.

Pero todo va cansando y "Amigo" fue el primero en manifestar que quería radicarse en algún sitio. -

Tendrás que tomar dueño, le dijo "Melado". -¡Eso nunca! Contestó el caballo. Entonces: ¿cómo piensas vivir?  
-¡Libre!

-¿Crees que si el hombre te ve suelto y sin dueño te va a durar la libertad?

-Entonces ¡huiré!

-Pues tendrás que vivir huyendo, porque el hombre es igual en todas partes. "Infortunado", que estaba oyendo intervino, -Ambos tienen razón: es bueno tener casa, comida y sitio fijos, pero es tremendo tener amo. Podríamos buscar un refugio a donde el hombre no llegue. -¿A dónde el hombre no llegue? Y qué lejos debe estar ese lugar, repuso "Melado". -Pero debe existir, dijo "Amigo", vamos a buscarlo. Reanudaron la marcha. El hombre estaba en todas partes; ya era el hacendado, el vaquero, el médico, el leñador o el militar. No había camino por donde pudieran ir tranquilos, monte donde estuvieran seguros o poblado donde pudieran descansar. Sentían siempre que el hombre estaba cerca.

Al fin divisaron la selva y creyeron que habían llegado al término de su viaje, cuando les salió al encuentro una yegua que huía. -¿De dónde vienes? Le preguntaron. -De la selva; allí hay unos colonos y me maltrataban tanto que tuve que escapar. Se miraron desconsolados. ¿A dónde ir, pues? -Yo sé a donde, dijo la recién llegada. Sigánme! Trotaron felices detrás de ella presintiendo la cercanía de un llano, rico en pastos, con grandes ríos y lejos de los hombres.

Al fin de varias jornadas se presentó a sus ojos un gran arenal; era el desierto. -Hemos llegado, dijo la yegua. -Pero: aquí no podremos vivir, exclamó "Amigo", no hay agua ni yerba. -Además, agregó "Melado", hace un calor insoportable y no veo un árbol que nos dé abrigo.

Aquí no hay vida, todo está muerto, repuso "Infortunado" -Pues es el único sitio en donde no vive el hombre, dijo la yegua.

Los cuatro amigos se declararon derrotados y se echaron en el límite del campo a esperar la llegada de un amo.

---

## PLEITO DE ABEJAS Y HORMIGAS

Hormiga-Roja y Abeja-Dorada se encontraron una tarde cuando iban a la fuente por agua -¿Cómo está, Hormiga-Roja?, dijo la Abeja, que era muy simpática. -No tan bien como tú, porque aún no me han salido las alas. Y charla que te charla hicieron el camino. Llenaron sus cántaros y los pusieron en el borde del pozo, porque querían retardar el regreso; estaba tan bonita y tan fresca la tarde que era una delicia estarse allí, viendo llegar, por distintos caminos, a las hormigas y a las abejas de todos los rincones del pueblo.

Todas eran Jóvenes y muy amigas y tenían muchos motivos para reír y para hablar. Pero el sol se iba a ocultar y era forzoso regresar antes de la llegada de la noche; tenían miedo a extraviarse, ellas tan jóvenes, en medio de la sombra. Cuando fueron a alzar sus cántaros, vieron en una hendedura del brocal, un huevo blanco y diminuto. -Mira un huevo de hormiga. -Ese no es de hormiga sino de abeja. -¡Que si conoceré yo los huevos de hormiga! Mira que es redondo, blanco y transparente como los nuestros; tiene el tamaño y la forma. -Pues yo estoy segura de que es de abeja. ¿Vas a enseñarme tú cuándo un huevo es de nuestra especie? Repuso airada Abeja-Dorada. -Al ruido de sus palabras se fueron acercando abejas y hormigas e inmediatamente tomaban partido. Hubo un momento en que el alboroto era tan fuerte, que las caras estaban congestionadas y los aguijones se movían de manera tan sospechosa, que sentía próxima una batalla.

Una mariposa que volaba en busca de una flor para pasar la noche, vió el tumulto, alcanzó a oír la disputa y hasta vislumbró por sobre las cabezas de las querellantes el huevo. Era una mariposa muy sosegada, deseosa de que el mundo viviera en paz y de que el orden reinara en todas partes. Ella tenía bellos colores, hermosa casa y un espacioso jardín para vivir y libar su néctar. No; ella no quería que nadie fuera a turbar la tranquilidad del lugar. Así que resolvió mediar y agitando sus alas azules sobre el grupo, hizo que todas volvieran la cabeza. Como mariposa era tan elegante se posó en lo más alto del muro, dió a sus alas un ligero temblor que las embellecía y dijo con su más hermosa voz: -¿por qué peleáis? -Figúrese, señora, dijo la abeja, que las hormigas aseguran que este hermoso huevo es de su especie, cuando a la legua se ve que es de origen real y hoy nada menos nuestra reina estuvo en esta fuente.

Oír esto y alzar la voz todas las hormigas todo fue uno. Oye, tú, la pretenciosa: cuando ven un huevo hermoso creen que es de ellas, como si no supiéramos que los pobres huevos de abeja son depositados en las oscuras celdas de la colmena. -¿Oscuras celdas has dicho? Vivimos en los altos árboles, a la luz del sol, nos alimentamos de flores y fabricamos miel para la mesa de los hombres y cera para las candelas de los altares. En cambio, vosotras vivís bajo tierra, os alimentáis de ella y a ella os parecéis; no servís sino para destruir las plantas y para hostigar a los hombres.

-¡Mentira! ¡Mentira! Nosotras abonamos la tierra, la removemos y extirpamos los insectos dañinos. Sólo picamos cuando nos ofenden; en cambio, vosotras claváis el aguijón a quien se acerca, mataís a los machos del enjambre y vivís como esclavas, trabajando para una reina. Entre tanto la mariposa había sacado sus gafas y desde la cima de su orgullo miraba con lástima a unas y a otras. Por fin habló: -Me parece un pleito muy pequeño para gentes tan laboriosas y ocupadas como vosotras. Ambas especies son útiles y poseen hermosos huevos. ¿Por qué en lugar de estar allí platicando sin juicio, no cuidáis del huevo hasta que reviente y entonces, ¿quién tiene la razón? Todas encontraron muy inteligente las palabras de Mariposa y además estaban muy bien impresionadas por su traje vistoso y sus anteojos de oro.

-¿Quién lo debe cuidar? -Preguntó Abeja-Dorada.

-Creo, salvo mejor opinión, -la Mariposa era muy respetuosa del derecho ajeno- que tanto unas como otras tenéis derecho a hacerlo. Así desaparecen los celos y el juego resulta limpio.

En una hoja de violeta fue puesto el huevo y llevado por abejas y hormigas a un lugar seco, resguardado de los ataques de los animales. Día tras día acudían a inspeccionar el sitio, a mullir el lecho, a airear y asegurarse de que nada malo le ocurría y de paso aprovechaban para charlar un ratito.

Una mañana corrió la voz de que el huevo se resquebrajaba por un extremo. No quedó abeja ni hormiga que no acudiera a presenciar el acontecimiento y hasta Mariposa-Azul fue notificada y llegó presurosa a presidir el advenimiento. La expectativa crecía a medida que la hendedura se hacía más grande. Una pequeña cabecita asomó pero tan pequeña que podía ser de abeja o de hormiga. Silencio, voces contenidas. Se operaba el milagro. ¡Al fin! Una blanca y fea larva de mariposa acabó de salir.

Huyeron avergonzadas abejas y hormigas y desde entonces tienen buen cuidado de depositar sus

huevos, unas en las oscuras celdas de la colmena y otras en lo más profundo del hormiguero.

---

## MI ADORADA HERMANA

Que tiene prendido al saco?

Vuelvo la cabeza y veo un muñeco de papel sujeto con un alfiler.

-¡Maestro: ese mono me lo puso mi hermana, que es un demonio!

¡Qué palabras! Grita el maestro. -No vuelva a decir así nunca.

-Bueno, señor: mi hermana no es un demonio pero sí es una diabla.

-¡Indecente! ¿Dónde ha aprendido a decir esas cosas tan feas? Y: ¿qué tiene en la cabeza? Alzo la mano y encuentro el pelo hecho un melote: Ana me ha puesto la goma de chicle.

-Es usted un desaseado, dice enfurecido el Director.

Al salir de la escuela, -pienso-, voy a coger a Ana por las trenzas y le voy a dar palmadas hasta que me duela la mano. Pero eso no es sino un deseo porque le tengo pavor a mi hermana. Es un demonio aunque el maestro se enoje. Es lo más malo que pueda encontrarse. Yo tengo temor de ir a la casa porque de seguro tiene algo preparado para recibirme. No hay remedio; entro muy calladito y me dirijo a la cocina donde Rasura me guarda siempre un buen bocado. Me acerco al taburete y me siento.

-¡Uy! ¡Ay! ¡Virgen Santísima! ¿Qué es esto tan horrible? -grito dando un salto y Rasura me quita una puntilla que está prendida al calzón. Siento la risa de Ana allá afuera en el patio. No sé si llorar o matarla; me decido por lo último y salgo corriendo para alcanzarla; pero la muy bandida ha atravesado un cajón en el

zaguán y en mi arrebato no lo veo, tropiezo y voy a caer de bruces en el empedrado. Me sale sangre de la nariz y me raspo una pierna. Ana sube las escaleras de cuatro en cuatro y se encierra en la mansarda. Mamá sale al oír mis gritos y se afana, pero yo no le digo quién me hizo caer, porque tengo que arreglar personalmente las cuentas con mi hermana. Lleno de esparadrapos, resuelvo estudiar las lecciones antes de tomar venganza. Lo primero que ven mis ojos sobre la mesa es un papel con un mamarracho bizco y patizambo que tiene una leyenda: -"Este es Juanete después de que lo motilan". Ardo en ira, olvido mis lecciones y subo a estrangular a la pícara hermana; pero la puerta está cerrada y cuando aplico el ojo a la cerradura para asegurarme de que ella está dentro, una paja de la escoba sale por el hueco y se me introduce en el ojo; doy un berrido y pierdo el control y golpeo y pateo la puerta mientras la desafío a gritos. Aparece mamá y al verme enfurecido, me toma por los hombros y me arrastra sin escuchar mis explicaciones, mientras se lamenta de tener un hijo tan grosero, tan alborotador y tan abusivo que quiere pegarle a su hermana menor. Es tan grande la injusticia que me deja mudo. Me lleva al cuarto de los baules y lo primero que alcanzo a ver es el látigo que usa papá cuando va a caballo. No quiero contar lo que allí me hace mi mamá, ni los latigazos que recibo en las piernas. Quedo lloroso, dolorido, sentado en un baúl, deseando morir en el instante mismo. Pero ¡Dios Santo! por la ventana aparece una caña que se introduce lentamente y a cuyo extremo hay una rata muerta que viene a caer sobre mis hombros. Arrebato la caña y con el cuerpo del delito corro a donde mamá lleno de ira y de razones. Ella sale a castigar a Ana. Estoy feliz, dichoso, voy a ser vengado. Pero cuando oigo los gritos y el golpe del látigo, siento algo muy raro que me hace correr hacia el cuarto del castigo, abrazarme a mamá y pedirle llorando que me castigue a mí y le perdone a mi hermana.

Mamá se detiene en seco, me mira, sonrío y dice: -¡Qué muchacho más raro eres tú! No te entiendo; francamente no te entiendo.

Mamá tiene razón: soy un muchacho muy raro, y francamente yo tampoco me entiendo.

---

## LA COMADREJA Y LA FAMILIA ARMADILLO

El papá Armadillo era campesino y muy tímido; jamás había bajado al pueblo; pero, ¿para qué quería él recorrer mundo cuando tenía una cueva tan bonita debajo de las raíces de una ceiba, tapizada con musgo y tan espaciosa que a no ser por la falta de luz, se hubiera creído un palacio? La familia vivía holgada y doña

Armadilla, en compañía de sus hijas Armadilla-Melada y Armadillita-Gris, había hermoñado la cueva con flores, festones y plumas recogidos en el monte. Todo era paz en aquella casita hasta el día en que al otro lado del árbol vino a vivir la Comadreja.

A poco llegó de visita a casa de la familia y con muchas zalemas empezó a alabar el orden, el aseo y el buen gusto de la señora; a los armadillitos les dijo que eran primorosos, que la concha que tenían en el lomo debía ser de carey cuando menos, según era de fina, que eran, además los niños más bien educados que ella conocía. La mamá halagada, la invitó a almorzar, y por la tarde a dar un paseo. Desde entonces, la entremetida Comadreja no dejó a la familia ni al sol ni a sombra.

-Que haga el favor de prestarme un poco de sal; que su cedazo para cernir la guayaba; que un asiento para una visita que me llega; que Armadillita-Gris para que me traiga un poco de agua. A estas molestias continuas se agregaron los chismes. Estoy furiosa-decía la hipócrita- porque la coneja dijo que ustedes son unos orgullosos. La zorra dice que le dijeron que don Armadillo es un vago y así, todos los días.

La casa se volvió un infierno y ya el papá no iba sino a horas de comida; los niños se salían a corretear mientras mamá recibía la visita de la vecina y Armadilla-Melada aprovechaba para ir a la huerta a conversar con Armadillo-Negro, su novio. La señora Armadilla estaba desesperada y no encontraba medio de salir de su importuna amiga.

La familia tuvo una junta para idear el medio de salir de la chismosa. Después de muchas cavilaciones, el Armadillo más pequeño, como quien dice el nene de la casa y a quien la Comadreja molestaba más con sus recados, dijo: -Como al único animal que teme la comadreja es al perro cazador, propongo que consigamos alguno que venga a vivir unos días con nosotros-. ¡Magnífica idea! Repuso papá; pero, ¿dónde conseguirlo? - eso es cosa mía, contestó el avisado Armadillito y salió corriendo hasta la cueva de un conejo amigo y le dijo: -Necesito que me pongas en contacto con un perro cazador. -Tú, sabes, replicó el otro, que no cultivo relaciones con gentes de esa clase. Desde hace muchos siglos la familia de los conejos y la de los perros son enemigas; pero como quiero prestarte ayuda, le hablaré a una lora amiga para que ella te consiga lo que deseas.

La lora y Armadillito se dirigieron a una hacienda de caña; cerca al trapiche estaba echada una perra amarilla; la lora trepó a un árbol y empezó a decir: -Amita doña perra: si usted fuera tan amable y se



acercara un momento, pues tengo grandes deseos de saludarla y de paso tratarle un negocio. La lora era muy fina para hablar porque era sabia y vieja. La Perra dio un salto y Armadillito, que no las tenía todas consigo, se escondió entre su concha; la Perra se acercó ladrando: -¿Hola! amiga lorita; ¡Cómo estás? ¿En qué puedo servirte? Esta, como buena charlatana que era, le echó de una vez todo el cuento de la Comadreja y el favor que le pedían los Armadillos. La Perra, pidió tiempo para reflexionar y a fin de esta más cómoda se sentó en un banquito que halló cerca y que no era otra cosa que la concha del Armadillo; éste, más muerto que vivo, no se atrevió a hacer ni un movimiento. Después de breves instantes la Perra expuso las condiciones en que aceptaba la propuesta. -Yo voy a la casa de la familia Armadillo durante ocho días y me comprometo a sacar de en medio a la Comadreja pero que papá Armadillo me garantice un hueso al día y buena cama. La lora empezó a llamar a voces al Armadillito pero éste no podía constestar porque la Perra estaba sentada encima de él y se moría de miedo: Al fin se atrevió y desde el fondo de su concha gritó: ¡Acepto! La Perra dio un brinco tremendo cuando oyó que su asiento hablaba. Rió la Lora sin parar y explicó lo que pasaba; salió el Armadillo y convinieron el trato. Volvió entonces a la casa y anunció para el día siguiente la llegada del huésped. Papá salió temprano y volvió con un apetitoso hueso; al Pasar por la ventana de doña Comadreja, ésta lo atajó diciéndole: ¡Ay! don Armadillo: qué hueso más delicioso; hoy como que hay banquete en su casa, ¿no convida? -Por supuesto, señorita, contestó el malicioso viejo: queda invitada. -Muchas gracias. No faltaré.

Llegó muy peripuesta con cinta en la cabeza y gafas de oro. Estaban tomando la sopa cuando golpearon a la puerta. Armadillito fue presuroso a abrir y abrazando a la Perra que llegaba, exclamó: -¡Mi querida maestra! Cuánto tiempo sin verla; qué gusto nos da viniendo a casa, ¿Se quedará algunos días con nosotros, verdad? -Ya lo creo, queridito; estuve mala y el médico me aconsejó los aires de la montaña y pensé que con nadie mejor que con ustedes podría estar, y aquí me tienen. La Comadreja paraba las orejas para no perder palabra del diálogo; cuando apareció la Perra, por poco se desmaya: se le cayeron las gafas y le temblaba el lazo de cinta.

La Perra fue acogida con grandes muestras de afecto y fue invitada a almorzar. Ella que se sienta y la Comadreja que se levanta. -Ustedes van a perdonar que me retire, pero recuerdo en este momento que me llega un pariente. Pero sigan, tengan la bondad. Nadie se levante, no faltaba más, que pasen feliz día, y salió disparada.

Después de almorzar fueron todos a dar un paseo, menos mamá que tenía que lavar la vajilla. Vino

entonces la Comadreja llorando a lágrima viva y manifestó que tenía que irse al pueblo vecino porque había recibido noticia de que su abuela estaba gravemente enferma, y se marchó corriendo.

---

## EL MUÑECO FEO

El muñequero de Pepita era muy lujoso; pero ella, rica y caprichosa, todo lo rompía.

Rosaura, la cocinera, quería a la niña a pesar de su mal carácter, quizá porque la había visto nacer y crecer; se ponía dichosa cuando aquella iba a la cocina y le dirigía la palabra. Como se aproximaba el cumpleaños de Pepita, Rosaura reunió centavo a centavo para hacerle un regalo; y busca por acá busca allá, logró encontrar un muñequito de pasta, con cuerpo de aserrín y traje rojo; fue al salón donde Pepita estaba rodeada de sus amiguitas a entregarle el muñeco. La niña al verlo estalló en carcajadas y tomándolo bruscamente le dio contra el suelo a la vez que decía:

-¿No te da vergüenza traerme un muñeco tan ordinario?

Rosaura salió llorando a esconder su humillación. El muñeco al ser arrojado contra el suelo perdió una pierna y se le abolló la nariz.

No se sabe quién llevó el desgraciado al muñequero. El Muñeco Feo, como se llamó desde entonces, fue muy mal recibido en su nueva casa; figuráos si no; allí todo era riqueza: muñecas de caoba, vestidos de seda, zapatos de charol, pitos de plata y mil cosas más, todas finas y brillantes. Por supuesto, la entrada de un personaje como el Muñeco Feo hecho de pasta barata y por añadidura cojo y con la nariz hundida, causó un escándalo en aquella escogida sociedad. Las muñecas torcieron el gesto en señal de desprecio; los soldados de plomo agitaron sus fusiles; el pito de carey dejó oír un silbido de burla y el tambor empezó a redoblar:

-¡Rataplán, le falta un pie! ¡Rataplán, que mal se ve! y coreaba la campanilla:

-¡Tilín! ¡está hecho de aserrín! ¡Talán! ¡es patán!

La pelota fue rodando hasta golpearlo en la pierna que le quedaba, y lo hizo caer, entre las risas de los presentes. El Muñeco Feo estaba rojo de vergüenza y los ojos se le llenaron de lágrimas. De bruces contra el suelo, se tapó los oídos para no oír las burlas, mientras pensaba:

-¡Qué injustos son!, yo les hubiera enseñado muchos juegos divertidos y les habría servido como un buen compañero. ¡Qué injustos son!

Como Pepita seguía entretenida en la fiesta, los juguetes no tuvieron quien se preocupara de ellos. Empezó a caer la lluvia y a entrar el agua por las ventanas; todos se pusieron a tiritar; los pitos y pelotas no podían entrar en sus cajas y se quejaban porque la lluvia los iba a deslucir y a poner ronco el pito. La pelota vio entonces una puntilla que estaba cerca y tembló. -Si me duermo corro el peligro de rodarme y esa puntilla me pincha; no, no podré dormir. Los vestidos se desteñían y los bucles se deshicieron bajo la llovizna. El frío era tan intenso que los platos y las ollas se daban unos contra otros. Todo era duelo en el muñequero. Sólo el Muñeco Feo estaba tranquilo porque su cuerpo de aserrín y su cara de pasta no se dañaban con la humedad. Pero tuvo compasión de sus compañeros. Tomó un tenedor y usándolo como muleta fue hasta la ventana y la cerró con la ayuda de la escoba.

Protegidos del agua, las muñecas volvieron la cabeza para ver quién era su salvador; el pito tosió fuerte para aclarar la voz; la vajilla dejó de tiritar y todos se sintieron contentos. Comprendieron entonces lo mal que se habían portado con el Muñeco Feo y no se atrevían a mirarlo.

El muñeco volvió a acostarse en su sitio cuando oyó que cerca conversaban la campana y el tambor: - ¡Pam, pam, es un titán! -Tin, es muy gentil! -¡Pom, pom, es simpaticón! -¡Pii piiií, es el amigo para mí, dijo el pito. -Tiene lindos colores, dijo la caja de acuarela. -¡Y qué valiente! Exclamó el general de plomo; lo citaré en la "orden del día".

-¡Es un caballero! Corearon las muñecas.

El Muñeco Feo oía y callaba. -¿Qué egoístas son; ahora soy gentil; bello, simpático y valiente! Y sonrió

por primera vez desde su llegada.

---

## LA HUERTA FELIZ

De la Tierra empezó a brotar una débil yema; el sol la fue fortificando y a los pocos días era una plantita con tres hojas pequeñísimas. Cuando vio amanecer se sintió dichosa porque era una mañana muy linda; hizo un esfuerzo y creció un poco más; miró a su alrededor y encontró que había a su lado una gran cantidad de maticas; su gozo fue mayor al verse acompañada; pero aún no sabía a cuál familia pertenecía cada una; se consoló pensando que dentro de poco, al crecer y tomar forma, podría distinguirlas y llamarlas por su nombre propio. Por el momento se puso a balancearse suavemente con el viento y a tomar su alimento de la tierra. Todas las mañanas al despertarse miraba a sus vecinas y movía sus hojitas en señal de saludo; sentía gran deseo de hablarles, pero ellas eran tan pequeñas aún que eran incapaces de conversar. Decidió esperar una oportunidad mejor y mientras tanto se hizo amiga de un pájaro que bajaba todas las mañanas a la huerta en busca de semillas. Pero antes, y para poder decir su nombre al nuevo amigo, resolvió bautizarse con el nombre de Lechuguita Crespa. Ella tendría rizados los bordes de las hojas y se iría apelotonando hasta formar un redondo repollito. Casi saltaba de gozo, porque era fresca y alegre. La primera llegada del pájaro afrechero la aprovechó para entablar conversación.

-Oye, pajarito, ¿qué buscas por aquí. El, que estaba de mal humor, porque no había encontrado qué comer, le contestó: -Yo no me llamo pajarito sino A-fre-che-ro, y ando buscando semillas. La otra no se turbó por respuesta tan poco amable e insistió: -Cómo me gusta conocerlo. Desde hace tiempo lo veo cruzar a diario; si usted, señor Afrechero, levanta las hojas de aquella col que está a su derecha, encuentra en el suelo abundantes semillas que no alcanzaron a nacer. El pájaro corrió al sitio y encontró lo que deseaba; agradecido con la Lechuga por la información que le había dado, regresó con cara muy festiva a su nido. Todas las mañanas, desde entonces, entablaba animada charla con Lechuguita Crespa y ella vivía pendiente de su llegada. Por él se informó de todo lo que existía fuera de las tapias de la huerta. ¡Qué sorpresa al saber que había ríos que corrían por la llanura y que formaban lagos, estanques y represas! ¡Cómo le pareció de raro el que hubiera árboles! ella creía que solamente había plantas pequeñas como las de la huerta. -

Cuénteme, Afrecherito, ¿pero es cierto que hay aparatos en que vuela la gente y otros que corren sobre la tierra? ¿Y hay más personas fuera de Carlótica, la que nos cuida? ¿Y hay otros pájaros distintos a tí? No se cansaba de preguntar, porque tenía afán de aprender.

Una tardecita, cuando se disponía a dormir e iba recogiendo sobre sí sus verdes hojas, oyó que dos plantas vecinas conversaban y puso oído: -Pues sí, Tomatico, decía una espigada Col. Yo vivo muy contenta en este país, porque hay alimento; agua y sol muy tibio; siento que cada día estoy más fuerte y más alta; ya mis hojas van siendo verdiblanco y mis raíces se adentran bien en la tierra; además, estoy rodeada de plantas muy diversas que me harán buena compañía. El Tomate que aún estaba niño la miraba con sus ojos verdes y movía su redonda figura al impulso del viento. -Es verdad, es verdad, repetía. Como era tan tímido no acertaba a contestar sino eso y pensaba que si la Col volvía a dirigirle la palabra se iba a madurar antes de tiempo, porque la vergüenza lo iba a poner rojo.

La Col miró entonces a Lechuga Crespa y supuso, con muy buena razón, que siendo mujer como ella, le era más fácil hacer amistad. Dejó de lado al Tomate, que le resultaba medio tonto, y entabló conversación con la Lechuga. Fueron desde entonces grandes amigas y a la vez hicieron relaciones con las otras plantas.

Las Remolachas eran reservadas; a todas horas estaban congestionadas y parecía que iban a manar sangre; las Zanahorias estaban orgullosas de sus tallos verdes y sus hojas rizadas; los Rábano tenían voz de bajo profundo porque hablaban debajo de la tierra; el Perejil y la yerbabuena aromaban la vivienda y eran de un carácter magnífico. El cilantro arrojaba sus semillas a la cara de sus amigos porque era muy chancero. El Curubo se empeñaba en trepar por el muro para asomar sus tallos al camino, saber lo que pasaba fuera y regresar a contarlo en las veladas de la huerta. Había también ajies de pésimo genio, acelgas coposas, cebollas que no podían entrar en las reuniones, porque hacían llorar a todo el mundo. En medio de la huerta extendía sus ramas un brevo cuya especialidad era quemar algunas de sus hojas cuando había visita, para que se esparciera un fino olor.

El brevo, sintiéndose el más grande, decidió proteger a todos sus compañeros. Empezó por estirar sus ramas hasta donde le fue posible y las tupió con hojas para dar sombra a sus vecinos. El avisaba cuando venía la lluvia, los libraba de ella y le propuso al Afrechero que hiciera el nido en sus ramas. En los días de sol intenso las Lechugas casi se asfixiaban y el Brevo corría en su auxilio y les proporcionaba frescura con su sombra.

A la hija del hortelano la adoraban las plantas. Carlótica iba a tarde y a mañana con su regadera, bañándolas una a una, mientras conversaba con ellas: -Cómo amaneciste de grande, Repollito; cómo estás de redondo y de rojo, Tomate; pero que belleza de zanahorias. Y tú, Lechuguita, estás cada día más crespa y más verde. Tenía una frase amable para todas. Al llegar al Brevo con mil zalemas le pedía frutas. El árbol no resistía a tanta dulzura y le dejaba caer lindos higo, dulces y apetitosos. Luego Carlótica se dedicaba a quitar las malas yerbas; ponía tierra nueva a las plantas y cuidaba permanentemente de que estuvieran en buenas condiciones para que se desarrollaran.

Llegó la cosecha y el árbol de brevo se quedó solo en la huerta. Cómo resultaba de grande ese prado; qué silencio tan pesado se hizo en la huerta; cómo resultaban de largos los días; ya no había aquella vida, aquel rumor de conversaciones de otro tiempo. Al brevo le sobraban sus ramas, porque no tenía a quien darle sombra. Sus amigos se habían ido en una cesta camino del mercado. El Curubo no quería dejar conocer su tristeza y volvía la cara hacia la calle para que el árbol no lo viera llorar... Carlótica comprendió la amargura de los dos y pensó en consolarlos; podó el árbol para que se hiciera nuevamente joven y plantó nuevas semillas a su alrededor.

¡Cómo esperaba el Brevo que brotaran las yemas! ¡Cómo trataba de adivinar en los brotes la calidad de las plantas! ¡Cómo ensayaba a alargar las ramas para que crecieran pronto y tener abrigo listo!

La niña veía y comprendía la bondad del Brevo, y una tarde charlando con él le dijo: -Eres el padre de todas las plantas. Al oírse llamar así, la savia circuló rápidamente, subió hasta la punta de las hojas, que despidieron un suave aroma.

---

## EL NIÑO INUTIL

Tu no sirves para nada, repetían a diario los padres de Pacho, y él estaba convencido de que eso era verdad. Cuando ellos murieron, el niño se dijo: -¿Ahora, a dónde iré? Nadie querrá tenerme en su casa

porque no sirvo sino para comer y dormir. Lo mejor será recorrer el mundo y pedir limosna en el camino y dormir donde pueda. Como lo pensó lo hizo: tomó las pocas ropas que tenía, cerró la puerta de la casita, dio una última mirada a la huerta y echó camino adelante; pronto dejó atrás el pueblo y las gentes que conocía. Sentía hambre pero no se atrevía a pedir porque le daba vergüenza. Comió frutas que encontró en los árboles del camino. Ya de noche llegó a un pueblo y fue a dormir al atrio de la iglesia; el cansancio pudo más que el hambre y pronto dormía profundamente. Como en sueños sintió que lo levantaban pero el sueño era tan avasallador que no pudo abrir los ojos. Al despertar se quedó sorprendido al encontrarse en una choza destartada y mal oliente. Un viejo hacía café en un hornillo de alcohol. Pacho pudo ver lo que lo rodeaba porque el viejo le daba la espalda: todo era desorden y desaseo: restos de pan por el suelo; papeles y basura por todas partes. Un colchón viejo en un rincón y multitud de moscas revoloteaban a su alrededor. - En buena parte he caído, pensó el niño. En esto, el viejo volvió la cabeza y al ver que estaba despierto, le gritó: -Levántate, vagabundo, que tienes que ganar la comida. Se puso en pie, maltratado y hambriento; el viejo le dio una taza de café y un pedazo de pan. Acto seguido tomó el anciano una gran bolsa de cuero y un bastón y salió, dejando a Pacho encargado de la limpieza y de la preparación de la comida. -Si no encuentro todo bien, y lo amenazaba con el bastón, vas a pasarlo muy mal. No trates de huir porque tengo las piernas muy largas y te alcanzo donde quiera que vayas. Salió llevándose la llave de la puerta. Pachito se puso a llorar y a pedir a Dios que lo sacara de allí. Se distrajo con su pena cuando oyó que el reloj daba las diez.

-Ya casi vuelve el viejo y me va a matar a palos, se dijo. Barrió el cuarto, puso los pocos muebles en orden, lavó los platos y encendió el fuego. Había poca luz y resolvió abrir las puertas. Entonces vio una huerta, parecida a la de su casa. Tomó legumbres para el cocido. A poco llegó el viejo: anduvo alrededor del cuarto examinando todo y al ver que Pacho había cumplido sus órdenes dio un gruñido y se sentó a almorzar. No habló ni una sola palabra y luego que hubo terminado vació sobre la mesa el contenido de la bolsa; el niño comprendió que el hombre era un mendigo. Se levantó el viejo, tomó de nuevo la bolsa y el bastón y se marchó no sin antes haber amenazado a Pacho si no le tenía la comida lista. Este tenía un miedo espantoso al ver el aspecto del viejo, cuyo rostro cubierto de barbas apenas dejaba entrever los ojos; el vestido hecho jirones, el sombrero roto y los zapatos embarrados. Pero lo que más miedo le daba era el bastón, grueso y nudoso. Pachito no se atrevía a huir porque pensaba: "Como yo no sirvo para nada" en todas partes lo pasaré mal y aquí por lo menos tengo comida y techo. Hizo de nuevo la limpieza y se fue a la huerta. Estaba llena de maleza y Pachito tomó el azadón y la limpió y arregló las verduras. Al enderezar los tomates decía: -Matica, ¿me comerá el viejo? Repetía la pregunta a las lechugas, a los rábanos y a los repollos. Felices ustedes, decía, que pueden salir de aquí; yo estoy prisionero del "viejo" y seguramente me

matará esta noche. Se sentó cerca del arroyo y mientras refrescaba los pies cansados iba diciendo en alta voz: -Esto que me está pasando debe ser un castigo por no haber servido nunca para nada. Para darse ánimos empezó a silbar y un pajarito vino a posarse en el durazno y contestaba con su canto. Como era Pachito muy niño, pronto se olvidó de sus penas y se embelesó oyendo al pájaro. Cuando salió volando, él le gritaba:

-Pajarito, vuelve mañana, y si el viejo no me ha matado, te daré frutas.

Después entró en la casa y se puso a separar lo que el viejo había sacado de la bolsa; pan, queso, hortalizas, granos, chocolate y algunas moneditas. Llevó todo al aparador y preparó la comida. Mientras la comida se cocía, abrió la ventana y se asomó. ¡Qué lindo prado el que desde allí se divisaba! Verde, plano, con árboles y vacas y caballos. Lejos se alcanzaba a ver la torre de la iglesia y el tejado de las casas de un pueblo al otro lado, se extendía la carretera que iba trepando por la montaña hasta perderse en la cumbre.

¡Cómo hubiera deseado jugar en aquel prado! Acercarse a los becerros que retozaban en la yerba. Pero no podía salir de allí. Se moría de terror del bastón amenazador. Las lágrimas le corrían y prefirió entrar. Revolviendo cajones, encontró un mantel; puso la mesa y trajo flores de la huerta que colocó en un vaso; además, como el durazno estaba lleno de frutas, cogió algunas y las puso en un plato. Llegó el mendigo, volvió a examinar toda la casa con sus ojos redondos, dio otro gruñido y se sentó a la mesa. Pachito le sirvió la cena y entonces el viejo le ordenó que se sentara también a comer. El niño asustado acercó una silla y empezó a comer sin levantar los ojos del plato. El viejo metió la mano al fondo de la bolsa, sacó una manzana y la puso frente a Pachito; éste la miró pero no se atrevió a tocarla. ¡Cómetela! Dijo el anciano y volvió a quedar en silencio.

Abrió un gran cajón que había en un ángulo de la pieza, sacó dos mantas y una almohada y sobre el mismo cajón improvisó un lecho. -Acuéstate, volvió a decir al niño y le señaló la nueva cama. -Me matará cuando esté dormido, y se prometió no dejarse vencer por el sueño en toda la noche. Pero al sentirse entre mantas calientitas, se dejó vencer y cuando despertó era de día; el viejo ya no estaba y sobre la mesa encontró el café preparado y un buen trozo de pan. Se puso feliz y se bañó en el arroyo.

Cuando empezaba el aseo del cuarto alcanzó a ver un lío sobre una silla y al desenvolverlo, se encontró con que era un vestido nuevo y como a su medida. Pachito estaba maravillado. Aquel viejo era bueno y lo



mimaba aunque él no servía para nada. Se propuso demostrarle su agradecimiento. Lavó las ropas, barrió, pulió los muebles, puso flores nuevas. Con cajones viejos hizo una cama y allí puso el jergón del mendigo y lo cubrió con una sábana. El niño buscaba por toda la casa y encontraba objetos diversos en cajones que había en los rincones, en la cocina y por todo el resto de la casa. Vio que en aquella casa no faltaba sino orden y se propuso arreglar todo y lo consiguió. Ya olía bien y la choza se iba tornando alegre.

El viejo seguía sin hablar pero a cada tarde traía algo para el niño y lo dejaba sobre la mesa: hoy un libro, mañana unos zapatos, otro día un juguete. Pero Pachito hubiera preferido a todo eso el que el anciano le hablara; era muy triste aquella vida silenciosa y a no ser porque durante el día se entretenía hablando con las matas de la huerta y con los pájaros que venían a los árboles, se hubiera vuelto loco.

Se sentía muy solo y deseoso de conversar con alguien que le pudiera contestar, porque las matas y los pájaros no hacían sino oírle.

Después de un mes de vivir en aquella casa aún no sabía el nombre del protector; por lo demás, él lo respetaba tanto que era incapaz de dirigirle la palabra. Pero el silencio seguía y el niño estaba muy triste. Hasta que un día se resolvió a decirle al mendigo que le trajera cal para enlucir los muros. El no contestó pero se quedó mirando fijamente al niño y éste creyó ver una sonrisa a través de la espesa barba. Desde entonces la amistad entre ambos se hacía cada vez más estrecha.

El niño seguía creyendo que no servía para nada, pero no obstante, la casa lucía limpia; había flores y matas; la huerta cuidada. Por su parte, el viejo iba trayendo poco a poco cosas para arreglarla.

Un domingo al despertar, Pachito se quedó perplejo: el anciano se estaba afeitando y tenía vestido y zapatos nuevos.

El niño dudaba de lo que sus ojos estaban viendo.

-¡Levántate, Pachito!... Nueva sorpresa: A su lado encontró un vestido nuevo también. Después del desayuno salieron en dirección al pueblo. Lo llevó de la mano hasta la iglesia, y luego al mercado; le compró cuanta golosina había y por último lo llevó al circo que paraba entonces en el pueblo.

Pachito estaba radiante: sentía deseos de abrazar al viejo, de expresarle de algún modo su cariño. De regreso se atrevió a preguntarle su nombre: -Me llamo Juan Víctor. -¡Que bueno que usted fuera mi papá! Dijo el niño en voz tan baja que casi no se le oía.

El viejo se detuvo, alzó en brazos al niño, y le dijo: -Llámame papá si te gusta, y lo besó en la frente.

Pachito, el niño que "no servía para nada", fue la alegría y el sostén de aquel anciano que revivió con la compañía del pequeño.

---

## MINERO

Miguel despertó con un intenso dolor de muela. Se volvió en la estera y puso la cara contra la almohada. Pero peor; aquella muela parecía suspendida de un hilo del cual halara un verdugo. Sentía el dolor en todo el cuerpo. Empezó a llorar bajito; ahogaba sus lágrimas para no despertar a su papá. -¿Qué hora será? Cantó el gallo y el muchacho como buen campesino se orientó: -Las cuatro de la mañana. -¡Ay! Si mi mamá despertara y me pusiera una motica de alcohol. Minutos largos, calor en la cabeza, punzadas en la muela. -¡Mi diosito querido! Te mando una vela con tal de que me pase el dolor. Pero la muela no atendía razones e hincaba en las más profundas raíces de la carne. Al fin se quedó dormido pero volvió sobresaltado porque su madre lo llamaba; eran las seis y había que traer leña del monte y luego ir a la escuela. La cara de Miguel estaba hinchada; se le iba la cabeza y tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantarse. Ese día todos estaban de mal humor. -O a él le parecía-; regañaba el padre, gritaba la mamá y los pequeños lloraban acurrucados en la cocina.

¡La escuela! ¡Ah! Pero la escuela es capítulo aparte. Miguel no entendió nunca una palabra de lo que allí se enseñaba. "A.B.C." "dame pan que ya la sé" era cuanto logró aprender. Pero era que siempre tenía hambre porque el padre ganaba poco y tenía ocho hijos. El niño resolvió salirse de la escuela e ir a la mina a trabajar al lado de su papá; tenía 11 años y se sentía un hombrecito. -Cuando gane jornal -pensaba él- podré comer todos los días.

Era una mina de socavones profundos; pero él era un valiente. Tomaba su esperma y marchaba oscuridad dentro empujando la carreta; volvía después de una hora empujándola de nuevo e iba a vaciar el material en la canoa. Viaje tras viaje, ida tras venida hasta la tarde, sin parar ni aún siquiera para almorzar porque durante los viajes iba comiendo su pobrísimo fiambre.

Llegó al fin de la semana más muerto que vivo; le sangraban los pies y las manos; le dolía todo el cuerpo y se caía de cansancio. Pero había ganado \$ 1.20. Lo sostenía el deseo de avanzar, de llegar alguna vez a ser capataz. Trabajó un año, dos, tres, hasta que perdió la cuenta del tiempo pero el ascenso no llegaba; todos reconocían que era un obrero admirable, pero nada más.

Vió que un compañero era ascendido a vigilante por ser hijo de uno de los capataces. Luego cómo, Jorge, su vecino, entró directamente de sobrestante por ser hermano de la novia del administrador. A ratos se detenía en su marcha, limpiaba el sudor de su rostro y pesaba y sopesaba la injusticia que se cometía con él.

Seis años había pasado lejos del aire puro y de la luz ganando un jornal irrisorio, sin llenar las necesidades de su familia, sofocando todos sus anhelos de juventud.

Una vida oscura que abrió en el socavón como una flor de sombra. Sentía fatiga después de un día de trabajo; dormía mal y continuamente estaba febril. Adelgazaba a ojos vistas... Su estado físico sí fue tomado en cuenta por el patrón; el interés vino a fijarse entonces en su persona. Consultas y exámenes de laboratorio.

Miguel fue a la ciudad por primera vez, para internarse en un sanatorio por cuenta de la compañía.

Era una vida moza que se extinguía como fuego de rescoldo. Sus ambiciones ya no eran sino de aire, de mucho aire para sus pulmones deshechos.

A Miguel lo mordió en la entraña el oro de la mina.

Historia vulgar y corriente, ¿verdad?

---

## INOCENCIA

Pedrito fue despertado por gritos y llantos. ¡Ay! ¡Juan de mi alma! Oyó que clamaba su mamá. ¿Qué le pasará a mi papá? Cuando me acosté no había vuelto de la mina. Saltó de la cama y miró hacia la sal: sobre la tarima estaba su papá tendido y cubierto con una ruana; sólo alcanzaba a verle la cara lívida y llena de tierra. Los gritos arreciaron. Pedro se acercó a la cama de su hermana y la llamó: ¡levántate! Que a mi papá como que le pasó algo. Medio dormidos salieron y su madre los estrechó.

Era todo lo que recordaban de la muerte del padre. Cuatro años de Inés y cinco de Pedro eran bien pocos para entender esas terribles cosas y menos aún para compender el cambio que se operó en su casa: menos comida y más trabajo de la madre; los vestidos se iban cayendo a pedazos y no había manera de comprar otros. Pero los niños encontraban deliciosa la vida porque lo que era barro para amasar, bellotas para hacer caballitos y la compañía del perro "Capitán" no escasearon. La tragedia callada de la viuda no rozaba sus almas.

Pedro cumplió seis años, pero su madre parecía haber vivido veinte según estaba de flaca y pálida. Los niños llegaron a darse cuenta. Inesita le dijo a su hermano: ¿Has visto cómo está mi mamita de acabada? ¡Ya se quiebra por la cintura! para eso que le ha dado por hacer unos visajes tan raros, agrega Pedrito; a cada rato se agacha, se aprieta el estómago con la mano y pone una cara como si fuera a llorar. Yo también he visto eso y creo que es por lo triste que vive sin mi papá. Si no hubiera vendido la vaca podría tomar leche para volver a engordar.

-Si fuera por la vaca no más lo que ha vendido: ¿Te acuerdas del marrano zato y del caballo? Fue morir mi papá y empezar a vender todo, hasta la gallina sarabiada que me regaló mi madrina.

Cada día la mujer estaba peor; magro el cuerpo y amarillo el rostro. Cuando oyeron que le contaba a la vecina que tenía una úlcera en el estómago, ellos no se inmutaron: ¿Oíste, Pedrito? Mi mamá dizque tiene una úlcera; yo no creo. Marcos el limosnero tiene una en la pierna y es horrible: arroja sangre y está siempre

hinchado.

-Yo tampoco creo: esas son mentiras del doctor; mi mamá lo que tiene es tristeza. Así se consolaron y volvieron a sus juegos.

Un día la mamá no pudo levantarse; hablaba cosas raras y sin sentido, movía los ojos en todas direcciones y no tenía sosiego.

-Mira, Pedrito, cómo hace mi mamita y cómo conversa sola.

-¡No habla sola, es con mi papá!

-Y yo, ¿cómo no lo veo?

-Pero ella lo estará viendo.

Se acerca la niña y toca la frente de la enferma. Si vieras cómo está de caliente; parece que hubiera estado lavando al sol.

-Está sudando, Inesita, límpiale el sudor. Ella la enjuga y se quedan quietecitos, sentados al borde de la cama.

-¿Mamacita, quiere agua? Vé: dice que sí, con la cabeza. El agua resbala por las comisuras.

Pasan lentas las horas y los niños hablan en voz baja para no despertarla. Ellos no han comido nada: sorbos de agua cuando aprieta el hambre. Con la noche se vuelven medrosos con las sombras.

La madre gime cada vez más paso, más leve.

Tócale la frente a mi mamá, Inesita. Ya no está caliente; se está enfriando.

Mamacita: ¿Quiere agua? No contesta, Pedrito.

-Las manos se le han puesto muy frías. Será que está mejor.

-Abrió la boca y tiene los ojos fijos en el techo. Eso fue que se durmió.

-Yo también tengo mucho sueño. Acostémonos con ella y antes le damos calorcito porque está helada.

En suave ignorancia se quedaron dormidos.

---

## LAS CUATRO PEPITAS DE ORO

Eran cuatro las pepitas de oro salidas de una misma mina. Al dueño le parecieron tan bonitas que resolvió conservarlas dentro de una caja de cristal para que sus hijos, que eran cuatro también, las recibieran cuando fueran mayores. Resolvió pintarlas de colores para distinguirlas; una la dejó de color de oro y las otras: roja, azul y verde.

Rodolfo escogió la verde; Aníbal, la roja; Ernesto, la azul y Horacio la dorada. Ellos se contentaban con mirarlas a través del vidrio porque su padre no les permitía jugar con ellas por temor de que las perdieran.

Una tarde los niños conversaban cerca de la caja. Rodolfo decía:

-Cuando sea grande, vendo mi pepita verde y con el dinero compro un caballo y me voy a viajar. Quiero conocer muchos países y ver todo lo que en ellos hay.

-Pues yo no viajaré, respondió Aníbal; venderé mi pepita roja y con el dinero jugaré a la lotería para hacerme rico, más rico que todos los del pueblo.

-Yo me iré a Hollywood y me haré artista del cine, dijo Ernesto. Seré célebre y conseguiré mucho dinero.

No volveré nunca a este pueblo tan pobre. Y tú, Horacio, qué vas a hacer con tu pepita?

-A venderla en seguida que papá me la entregue. No viajo ni juego a la lotería, ni me hago actor; pondré a interés el dinero y viviré de la renta.

Las cuatro pepitas oyeron en silencio y por la noche cuando los niños dormían, conversaron largamente sobre el fin que les estaba destinado.

-¿Dizque venderme para jugar a la lotería! ¡Compararme con un miserable billete! ¡No; no lo consentiré!

La pepa azul que era vanidosa, no se había repuesto aún de la humillación al oír que su dueño pensaba cambiarla por un viaje a la ciudad del cine.

-¡El presumido ese de mi dueño! ¡Ni siquiera se ha fijado en mi belleza! ¡Sólo piensa en salir de mí!

-¡Ay, Dios! Pero es mucho peor que lo vendan a uno para comprar un caballo, exclamó compungida la pepa verde. ¡Es el colmo de la afrenta! Lo que soy yo no tolero eso.

-Pero es mi destino, dijo la dorada; serviré para sostener a un perezoso. ¿Oyeron cómo dijo que viviría de sus rentas?

-Nuestros dueños son unos tontos de remate, concluyó la pepita verde. Es una vergüenza pertenecer a tal clase de gente. Propongo que huyamos en busca de mejores amos.

-¡Muy bien pensado! Exclamaron sus tres hermanas.

Cuando fue media noche, saltaron de la caja y se fueron rodando por la carretera hasta llegar a un pueblo. A la entrada se reunieron y convinieron en que se reconocerían en donde se encontraran porque cada una de ellas daría un sonido; la verde, haría: tán; la roja, tón; la azul, tín; y la dorada, ¡ay!

-Cómo vamos a elegir dueño? Preguntó una.

-Muy fácil. Yo, donde vea un niño cariñoso, salto a su mano y estaré feliz.

-Por mi parte dijo, la azul, donde encuentre un hombre pobre, me le pongo en el bolsillo.

-Yo iré a un Banco y me mezclaré con el otro oro para hacer relaciones y correr mundo; como soy dorada, no extrañarán mi presencia.

-Entonces yo, dijo la verde, iré a una joyería para que me vuelvan anillo nupcial.

Quedó convenido el destino de las cuatro hermanas y la señal para conocerse cuando se encontraran. Para despedirse dieron el sonido: tán, tón, tín, ¡ay! Rodaron en distintas direcciones.

Pasaron dos años. En la casa de moneda estaban amontonando oro para acuñar. De pronto se oyó un ¡ay! dentro del salón. Inmediatamente se dejaron oír tres sonidos: tín, tón, tán. Allí estaban otra vez reunidas las cuatro pepitas de oro. Con qué alegría se saludaron las hermanas. Empezaron a contar su vida.

-Yo, dijo la pepita dorada-, que en ese momento era una moneda vieja y desgastada -fui a un banco; hicieron de mí una moneda reluciente. Todos me tomaban con cariño; fui a dar al portamonedas de un agricultor que me llevó a su hacienda. Estuve dentro de una caja ociosa y aburrida hasta que mi dueño me dio en cambio de telas en el almacén; pasé luego a manos de un usurero que me escondió en su cuarto; por las noches me sacaba y me acariciaba; entonces recordaba a Horacio que quería vivir de sus rentas sin trabajar. Me aburrí mucho en aquel cajón oscuro, sin aire y sin compañía. Pero una noche ví que unos hombres con antifaces y linternas abrían mi escondite y me tomaban con otras monedas. Apareció mi dueño y empezó a luchar con los enmascarados con un ardor como si no fueran monedas lo que defendía sino su propia alma; ellos lo vencieron y lo dejaron atado a una silla. Salieron por la ventana llevándonos consigo. Viajé por tren y fui a parar a manos del dueño del coche restaurante que en la ciudad me colocó en la caja de ahorros. Desde entonces iba y venía de unos a otros y regresaba por corto tiempo a la caja de ahorros. ¡Uy! Qué vida más odiosa: de un bolsillo viejo iba a unas manos sudorosas; rara vez tuve la fortuna de estar en el bolso de una señora. Tanto ir y venir acabó con mi brillo y mi figura y volvía al banco para ser cambiada por una nueva. Ahora estoy aquí para ser fundida y acuñada de nuevo. ¡Por lo menos he servido para algo! Exclamó con un suspiro.



-Y tú, hermanita verde, ¿qué has hecho?

-Cuando el joyero me vió, exclamó: ¡Qué raro! ¡oro verde nunca antes había visto nada igual! Me sometió a un tratamiento y pronto perdí mi color y quedé dorada. Me fundieron, me pasaron por una máquina hasta convertirme en un delgado cordón; me dieron forma de aro y me pusieron en un estuche. Llegó mi pareja de novios, cada uno me examinó, me dio vueltas y al fin ordenaron que me pusieran un nombre y una fecha. Asistí a una gran fiesta en un templo; creo que eso se llama una boda. Yo era uno de los personajes más importantes: iba en unión de otro aro en un estuche de terciopelo azul que me hacía resaltar; el sacerdote me tomó con mucho cuidado y me colocó en el dedo de la dama. ¡Qué mano tan suave y perfumada! Yo me esforcé en lucir y brillar.

Después esas manos sufrieron mucho y yo siempre iba con ellas, Ya tuvieran fiebre o se cerraran con desesperación, lavaba al par que ellas la ropa; iba al mercado, fregaba los pisos, acariciaba al amo o peinaba y vestía a los chicos. Pero me fui desluciendo como las manos de mi dueña y ya resultaba chico para su dedo. Sin pensar me vendió; el joyero me llevó al Banco y aquí estoy para ser fundida. Pero qué interesante he vivido la vida del hogar. Casi me sentía como una persona.

Mi suerte fue mucho más movida, dijo la pepita azul. Me fui a un parque y en un banco había un hombre dormido, con cara de enfermo; a saltos llegué hasta su bolsillo y me puse a esperar; se despertó malhumorado diciendo: -"Ni siquiera un infeliz cigarrillo tengo": Mientras tanto se llevó la mano al bolsillo y me palpó. Salí en la palma y se quedó mirándome con los ojos abiertos.

-¿De dónde ha salido esta bolita azul? Alguno de mis hijos la puso allí. Pero es de cristal como las otras con que juegan. ¡Y cómo pesa! Parece de hierro. (Me sentí entonces muy ofendida de que supusiera de un metal tan ordinario). Me llevó a su casa que quedaba en un barrio miserable. Salieron a su encuentro tres niños flacos.

-¿Nos traes desayuno, papá? Preguntó el mayorcito.

-No pude encontrar. Nadie me da trabajo.

Los niños se pusieron a llorar sentaditos en la escalera. El papá trató de consolarlos diciéndoles:

-Aquí está una de vuestras bolas, la que me pusiste en el bolsillo. Ellos me miraron y exclamaron:

-¡Qué linda pepita! pero nosotros no la conocíamos. Entonces ¿quién la puso? Sería mamá. Yo tampoco fui, dijo saliendo del cuarto una mujer. Quedaron todos admirados de mi color, de mi forma y de mi peso. Me lavaron y me convertí en dorada. El padre me llevó a una joyería y dijeron que yo era de oro. ¡Qué alegría la de aquel hombre! ¡Cómo me apretaba entre sus manos! Yo hubiera querido ser más grande para tener mayor precio. Ni que decir hay que en la tienda de la esquina me cambió por comestibles de toda clase y sin darme una mirada corrió cargado de paquetes. Yo no estaba enojada con él sino con el tendero; lo había engañado miserablemente. Figuráos: Le dio artículos por quince pesos cuando yo valía por lo menos quinientos pesos. Imposible soportar aquello; salté del cajón, rodé por el piso y me escondí en un hueco del tablado. Allí permanecí hasta ayer cuando fueron a cambiar la madera y me hallaron. Tomé el mismo camino que vosotras para llegar aquí.

-¡Mi historia es tan simple, suspiró la última que aún era redonda y conservaba su color rojo. Yo no tuve aventuras como vosotras. He sido juguete de un niño. Me llevaba en su maletín entre cuadernos manchados, láminas, cuerdas, trompos y dulces. Unas veces estaba llena de miel por mi proximidad a los caramelos; otras de tierra cuando me hacía rodar por la tierra húmeda, y las más, morada por la tinta que había en sus dedos. Pasaba meses olvidada entre un cajón mientras él jugaba dichoso con cosas sin valor. Volvía después a tomarme e iba después al colegio con él; asistía a las clases y me aburría tanto como mi dueño; lo acompañaba en el recreo, le hacía ganar en las apuestas al hoyuelo porque yo era pesada y acertaba siempre.

A fuerza de andar entre niños, me iba sintiendo niña también. Me encariñé con los chicos, gozaba con sus travesuras y estaba de parte de mi amo en las riñas. ¡Qué vida tan tranquila! Pero un día me echó a rodar y me extravié en la maleza. Si hubiera tenido voz cómo hubiera gritado. Quería regresar a donde el niño; inútil todo. El agua, el sol, el frío y la noche me atormentaban. ¡Qué meses tan largos!

Por fin llegaron los sembradores y en una paletada de tierra me elevé en los aires. Era de ver la cara de sorpresa de los peones: me soplaban, me volvían, me estregaban contra los overoles. Algo en mí les llamó la atención porque me llevaron a una platería y allí fui cambiada por dinero.

-¿Véis que tan insignificante mi vida? Apenas alegré a un niño.

La cuatro pepitas dejaron oír su ¡tin! ¡tán! ¡tón! ¡ay! y se dispusieron a esperar su nuevo destino.

---

## MARIA EASTMAN DE MOLINA

Nació en Supía (Caldas) el 9 de diciembre de 1901.

Educadora y escritora. Hija del Doctor Tomás O. Eastman y primera esposa del Maestro Gerardo Molina.

Como escritora se inició en Medellín publicando prosas líricas y cuentos en los periódicos El Correo Liberal y El Espectador y en las revistas Cyrano y Sábado.

De 1920 a 1925, con María Cano y Fita Uribe integró un valioso núcleo de literatura escrita por mujeres que tuvo resonancia nacional.

Se la señala, además, como precursora de la narrativa infantil en Colombia. Su libro de cuentos para niños El conejo Viajero, fue publicado por Gerardo Molina en 1948 y reeditado por el Departamento de Antioquia en 1966 y 1990.

Maestra graduada con Diploma Superior en la Normal Antioqueña el 23 de noviembre de 1917.

El 1o. de febrero de 1918 la nombran Seccional de la Escuela de Niñas de Sabaneta (Envigado), cargo que ejerce hasta el 13 de agosto de 1919.

En agosto de 1919 obtiene en Concurso el cargo de Seccional de Agrupación 3a. de Niñas de Medellín.

En diciembre de 1930 el Gobernador la nombra delegada ad-horem por el Departamento de Antioquia al 1er. Congreso Femenino que se realizó en Bogotá.

En enero de 1932 por Decreto es promovida a Maestra Directora titular de la Agrupación 7a. de Niñas de Medellín, con funciones de Maestra Directora para las agrupaciones y escuelas urbanas de Medellín, y las escuelas rurales de La María, El Salado y Tenche.

En agosto de 1932 la designan encargada de la Inspección de las Escuelas de Niñas de Medellín. Y luego en 1933 (Decreto 62 de junio 20/33) es nombrada en propiedad como Inspectora General de Escuelas Públicas. Vale la pena anotar que dicho cargo, al decir de Gerardo Molina, "era la mayor distinción que podía discernirse a una mujer" en esa época.

El 11 de octubre de 1934 la eligen Miembro del Patronato de la Primera Colonia de Vacaciones Nazaret, junto con los doctores Eduardo Vasco, Rafael Toro G. y Eduardo Correa Villa. Y dos días después la escogen también para conformar la Comisión encargada de la celebración de la Semana del Niño en Antioquia.

El 26 de octubre la nombran miembro principal de la Junta de Censura para espectáculos infantiles.

En diciembre de 1934 contrae matrimonio con el joven abogado y catedrático Gerardo Molina.

En enero de 1935 presenta su renuncia voluntaria como Inspectora General de Escuelas Públicas.

Se traslada con su esposo a Bogotá y se vincula de inmediato a la Normal Superior Nacional, como profesora e investigadora. Allí se destacó como una de las primeras institutoras colombianas que aplicaron con rigor científico la Psicología Experimental para Orientación Vocacional, al realizar estudios y centenares de fichas Psicotécnicas de gran utilidad para la orientación de la educación escolar y normalista.

Murió en Bogotá el 20 de septiembre de 1947.

Dejó inédita (y al parecer inconclusa) una novela sobre hospicios. Y dispersa en periódicos y revista una extensa producción de prosa lírica, crónicas y cuentos.